

CAMILA O'GORMAN

DRAMA HISTÓRICO

EN SEIS CUADROS Y EN VERSO

POR

HERACLIO C. FAJARDO

SEGUNDA EDICION

POPULAR Y ECONÓMICA

Aumentada con un largo prefacio del Autor

BUENOS AIRES

IMPRENTA ARGENTINA DEL "NACIONAL" BOLIVAR 41

1862

Al Sr. D. Miguel Luis Amunátegui:

El Autor.



CAMILA O'GORMAN

Drama histórico

“Bueno es que en todas partes, aun en medio de fiestas teatrales, tenga motivos el pueblo de Buenos Aires de acordarse de lo que fué y lo que hizo Rosas; así, renovándose las impresiones de horror que el tiempo ha moderado, colocará en su verdadero punto de vista á los que, aprovechándose del olvido de un pueblo generoso, quieran hacer renacer ese gobierno de salvajes!”

*(Crónica teatral publicada en “La Tribuna”
del 17 de Setiembre de 1856.)*

A LOS MANES

DE

CAMILA O'GORMAN

En vano el eco de mi oscuro acento
A vindicar tus manes se levanta,
Porque ahoga mi voz en la garganta
De las pasiones el fragor violento. . . .

.. Mas no importa!... Si el bárbaro asesino
Que terminó tus días infelices
Ha dejado maléficas raíces
En el seno del ámbito argentino:

Una nueva progénie se levanta
Que pisa ya del porvenir el límen
Y estirpará esos gérmenes del crimen
Con la eficacia de su airada planta!

Una nueva progénie, que imbuida
Del pensamiento que enjendrará Mayo,
Fulminará con implacable rayo
Los vestijios del déspota homicida!

A ella le toca remover las fosas. . . .
A ella lavar la tacha que te imprimen
Los que aplauden, sacrílegos, el crimen
Que en tí, Camila, perpetrára Rosas.

H. C. F.

Este drama es propiedad de su autor,
y no podrá ser representado ni reim-
preso sin prévia autorizacion.

El derecho para la explotacion de esta
segunda edicion únicamente, ha sido
adquirido por el Sr. D. Cosme Martin.

PRÓLOGO

Con el título de este drama, hay una historia en cuyas páginas se registra el crimen mas horroroso que existe en los anales de Sud-América. De esa historia, revestida con formas romancescas pero verdadera en el fondo y real en sus personajes, ha sido entresacado el argumento de este drama: carecerá de concepcion, pero en cambio es fielmente histórico.

El drama, como la novela, tiene exigencias en sus formas que han hecho en este indispensable el aumento de accesorios ó detalles, que aunque no sean notoriamente históricos, están basados en argumentos lógicos y en nada desvirtúan la verdad esencial del hecho que le ha servido de plan.

El 18 de Agosto de 1848, á cinco leguas de Buenos Aires, fué fusilada por órden de Juan Manuel Rosas una jóven de aquella capital llamada Camila O'Gorman, embarazada de ocho meses. En su compañía fué tambien ejecutado un jóven clérigo llamado Uladislao Gutierrez.

El único delito que se imputaba á estos desgraciados era su amor. Hacía ocho meses que habian huido de Buenos Aires y refugiándose en Goya, pro-

vincia de Corrientes, donde fueron delatados por un tal Andrés Gánon, clérigo irlandés.

Aunque la punición de este delito correspondía á la autoridad eclesiástica y en ningun modo á la civil; aunque Camila estaba en vísperas de ser madre, y hubiérase podido salvar al inocente prorogando por una ó dos semanas á lo sumo la ejecucion de la terrible sentencia, Rosas hizo fusilar á úmbos amantes sin mas forma de proceso que su infernal voluntad.

Hé aquí la historia.

Ahora bien: presumir que esta crueldad del despota argentino tuvo origen en su celo por la moral pública, es no conocer á Rosas, es la negacion de su cinismo, es caer en el absurdo; luego, existian causas ignoradas que bien pudieran ser las que la imaginacion del novelista ha escudriñado, apoyado en la verdad histórica y en lógicas argumentaciones.

El resultado razonable, el único que se deduce de tal investigacion, es que Rosas amó á Camila, ó pretendió seducirla, y fué por ella rechazado. Así lo ha supuesto el hábil novelista, y así tambien lo supone el dramaturgo, porque solo de este modo se explica lógicamente que aquella infeliz hubiese podido abandonar una familia que amaba con ternura, para escapar á las celadas del cínico tirano que en Buenos Aires la amagaban.

Si no existiera otra causa que su ilícito amor hacía Gutierrez, ¿qué obstaba á que este amor tuviera su secreta correspondencia y satisfaccion en Buenos Aires? ¿Qué motivo poderoso pudo resolverlos á

arrostrar el escándalo de una fuga estrepitosa?—La consecuencia que de esto se deduce es tanto mas lejí-tima cuanto que se halla doblemente esplicada en el encono vengativo de Rosas, manifestado en su implacable sentencia.

Por lo que respecta al clérigo irlandés que delató á los tráfugas en Goya, es presumible que influyeran en él las mismas causas que en Rosas para que se decidiera á un acto tan inhumano y en oposicion con los deberes evangélicos de un ministro del altar.

Los miserables aun viven: la providencia así lo quiere para que prueben en la abominacion universal el castigo eterno que les aguarda. Este libro irá á sus manos, y en él los manes de Camila, los de su amante, los de su hijo: ¡que protesten contra la verdad que manifiestan sus páginas! . . . ¡que se descarguen del fardo insoportable de ese crimen! . . .

H. C. F.

Buenos Aires, 1. ° de Noviembre de 1856.

PREFACIO INÉDITO DE 1857

Tema el mundo mi violencia;
Alerta, humana milicia:
Que se viste la Malicia
El traje de la Inocencia.

CALDERON.

On peut consentir à ce que le chétif
enfant de quelques veilles soit inhumé
par des mains empressées, mais non
qu'on écrive une calomnie sur sa pierre.

HENRI DE LATOUCHE.

I

Este drama ha sido objeto de los mas duros ataques y de las interpretaciones mas violentas; ciertos periódicos de ámbas riberas del Plata le han dado de esa manera una triste celebridad.

Esas diatribas furiosas, esas emponzoñadas púas del anónimo se han embotado en la conciencia del autor, pero han podido falsear la opinion pública sobre el fondo moral de la obra.

Como se trata de algo mas que de un simple puntillo de amor propio, séame lícito á mi turno hacer uso del derecho de defensa que en causa propia me asiste.

No se crea, sin embargo, que voy á hacer aquí la apologia de mi primer ensayo dramático; no se crea tampoco que pretendo disimular sus numerosos defectos bajo el punto de vista del arte: porque, como lo digo en una de las notas del drama, *es necesario que el amor propio enceguezca para no comprender que á mi edad y en un primer ensayo en el género mas árduo de las letras, es imposible ir mas allá de lo imperfecto, sino de lo defectuoso.*

Lo que pretendo únicamente es desvanecer las imputaciones embozadas de inmoralidad y de heregia que aquí y en Buenos Aires le han arrojado á la cara; imputaciones cohonestadas en cierto modo, para los que ignoraban el verdadero móvil de ellas, por la intervencion de la autoridad eclesiástica en úmbas capitales.

Esa intervencion, tomada en consecuencia de aquellas imputaciones y de algunos pasos privados dados en el sentido de ellas, de que tengo perfecto conocimiento, es lo que ha dado importancia á la cuestion moral y relijiosa, y lo que me hace tomar la pluma para refutarlas, apoyado en la conciencia y en el arte.—Puede ser que el poco conocimiento de éste me alucine: pero aquella jamas engaña, y su tranquilidad me dice que puedo y debo alzar la voz para sincerar á mi obra de los cargos que se le han hecho por la prensa.

Tal vez á primera vista mi propósito parezca inmoderado, ó si se quiere, inmodesto; quizá no faltará quien lo repute sin objeto despues del fallo favo-

rable de la comision censora sobre *Camila O' Gorman*: pero si se considera que siempre queda algo de la calumnia, y que nadie como su autor puede tener la conciencia de una obra, del plan de esta, de su tendencia, de su espíritu; de la combinacion de los elementos que entraron en su composicion, de su naturaleza, de su índole: si se considera que, entre nosotros, la falta absoluta de crítica literaria propiamente dicha, pone muchas veces á un autor—que sin hacerse ilusiones sobre el mérito de su obra, tiene algunas nociones de arte y sabe en cuanto la ha alcanzado, en cuanto la ha consultado para la ejecucion de aquella—lo pone, decia, muchas veces en el duro caso de criticarse á sí mismo, defendiendo nada ménos que su reputacion en la defensa de su obra, se convendrá ciertamente en que me encuentro en este violento caso.

Repito que no es otro mi objeto que el de entrar en apreciaciones razonadas y exentas de todo sentimiento de amor propio sobre la cuestion de moral y relijion suscitada por mi obra, y que aun pudiera preocupar á algunos ánimos.

Empezaré por llevar la atencion sobre algunos antecedentes públicos y privados, acompañándolos de las observaciones que de ellos se desprendan; traeré en seguida el asunto al terreno de la actualidad, con apoyo de varios documentos, como el dictàmen de la comision censora y decretos gubernativos, y haré por último una breve exposicion del plan del drama, pro-

curando por conclusiones el objeto que me propongo en este nuevo prefacio.

II

Seguramente que al resolverme à exhibir en Buenos Aires mi malhadada *Camila*, estaba muy lejos de prever que su simple anuncio debia producir allí la sensacion que produjo.

Al trasladar á la escena un episodio de la historia contemporánea de aquel pueblo, temia francamente chocar con mas de una circunstancia adversa al éxito, por las razones que expondré oportunamente; pero de ninguna manera con la primera edicion de la oposicion sistemada que se ha hecho á su ejecucion.

Presenté el drama á la empresa de la compañía Duclos, y pasados algunos dias dicha empresa me contestó que no obviaba mas inconveniente para su exhibicion que el que ésta pudiera rozar las susceptibilidades políticas de un número de sus abonados. Le objeté que esto me parecia imposible, desde que el drama no tenia la menor alusion de ese género, y que al hacer figurar en él á Rosas, no habia sido mi intento presentarlo como gefe de partido, sinó como un insigne criminal, reconocido como tal por sus mas adictos partidarios en el episodio que forma el argumento del drama. Le propuse sin embargo, para mayor satisfaccion, solicitar á este respecto la opinion de personas competentes; y así lo hice, diri-

giendo en ese sentido una carta á los Sres. D. José Mármol, Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes y D. Héctor Florencio Varela.

He aquí la contestacion que á esa carta me dieron estos señeres; transcribo de ella nada mas que lo alusivo á la cuestion de susceptibilidades políticas:

“*Sr. D. Heraclio C. Fajardo.*

“Mi distinguido señor:

“No creo poder retribuir á vd. de un modo mas leal la distincion que me ha hecho, sometiendo á mi juicio su primer drama, que diciendo á vd. con toña franqueza mi opinion.....

“Por lo demas, y respecto á la pregunta que vd. me hace, de si el drama “*podiera herir la susceptibilidad de etc. etc.; le diré que no; que en el drama no hay nada que pueda herir la susceptibilidad de nadie.* Si no se quiere renegar de Dios y la naturaleza, es necesario creer por fuerza, que el asesinato de Camila O’Gorman, no tiene partidarios ni defensores.

“Su afectísimo servidor y amigo:

“*José Mármol.*”

“Su casa, Octubre 16 de 1856.”

“*Sr. D. Heraclio C. Fajardo.*

“Buenos Aires, 15 de Octubre de 1855.

“Mi querido amigo: ¿Qué he de contestar á la atenta carta de vd.?—Vd. con la modestia que le

distingue, quiere saber mi opinion franca y leal respecto del drama que me remite, y si herirá ó no la susceptibilidad de alguno de los partidos en que, por desgracia, está dividida la sociedad bonaerense.

“En lo que atañe al primer punto, me reservo para despues de la representacion formular en un juicio crítico mi opinion acerca del drama considerado como obra de arte. Por hoy me limitaré à decirle que dá muy ventajosa idea del talento literario del autor y que abunda en situaciones dramáticas, que realizadas por actores inteligentes, están destinadas, sin duda, á producir el mejor efecto en el teatro.

“En cuanto á lo segundo, creo, amigo mio, que nadie que abrigue un átomo de rubor, podrá condenar el sentimiento que ha dirigido la pluma de vd. Nadie, á menos de descender al último grado de la abyeccion y la perversidad, puede constituirse en abogado del crimen horrendo perpetrado en la persona de Camila O’Gorman: es propiedad esclusiva de Rosas, y cualquiera que lo reivindica, cualquiera que viese en él alusiones á un partido político, seria tan vil y despreciable como el tigre que lo mandó ejecutar. Esa consideracion, pues, nada debe pesar en la balanza para no poner el drama en escena. Al menos, tal es mi opinion franca y leal.

“Autorizo á usted para que haga el uso que quiera de esta carta.

“Soy de vd. afectísimo amigo, etc.

“*A. Magariños Cervantes.*”

“*Sr. D. Heraclio C. Fajardo.*

“Querido amigo :

“Agradezco á vd. de corazon la distincion que me hace, pidiéndome una opinion sobre su primer ensayo dramático.

“Declinaria este favor si no supiese que vd. me conoce, y que cuanto le diga será el eco de la verdad.

“Su drama de vd.

“Me pide vd. le diga que si creo que la representacion de *Camila* podria herir la susceptibilidad de algun partido en Buenos Aires, y á fé que no se qué contestarle.

“Pues qué! ¿Habrà uno solo entre nosotros, un solo hijo de esta tierra querida, que no se haya estremecido de espanto en presencia de ese crimen, el mas horroroso de todos los que se registran en las ensangrentadas pájinas de nuestra triste historia?

“*Susceptibilidades!* ¿Cuúles se considerarían heridas al ver transportado á la escena un crimen, cuyo solo recuerdo lastima el corazon?

“No tema vd., mi amigo, que haya uno solo que se atreva á justificar el atentado de Rosas. Si lo hay, eso seria un motivo mas para representarlo; porque hay sucesos que un pueblo no debe olvidar jamas, y aquel á que vá vinculado el nombre de la infortunada *Camila*, es uno de ellos.

“A los amigos mas íntimos del tirano, les pediria yo su opinion sobre la suerte de esa niña, y si al-

guno la justificase, lo desmentiría, porque en su conciencia, como en la de todos los hombres, no podría guarecerse otro sentimiento que el del horror que inspiró su trágico fin.

“Tenga vd. confianza, y dé su produccion, cierto de que, por ese lado, nadie se la criticará.

“Su afectísimo amigo:

“*Hector F. Varela.*”

En vista de estas contestaciones la empresa dramática se manifestó dispuesta á poner el drama en escena inmediatamente, exigiéndome tan solo para su resguardo la publicacion prúvia de mi carta con las respuestas precedentes.

Así lo hice: y fué entónces que empezaron á surgir en ciertos periódicos de Buenos Aires las apreciaciones mas absurdas, las mas furiosas diatribas contra mi pobre *Camila*, que hasta entónces nadie habia leído en aquella ciudad á ecepcion de las tres personas ya indicadas, y de la empresa dramática, en cuyas manos habia puesto el manuscrito para el reparto de papeles. La tendencia de todas esas infamaciones anónimas, era evitar que el drama se exhibiera, encareciendo por supuesto su alta *inmoralidad*, y acusándolo de atentatorio á la relijion y bochornoso para la familia de la víctima.

A fin de que se vea hasta que grado llevaron la impudencia del embuste aquellos anónimos detractores, voy á trascribir un solo fragmento de sus capciosas apreciaciones, tomado de una inconmensurable filípica que apareció en el número 124 de *la*

Constitucion, correspondiente al 29 de Octubre de 1856. (*) Helo aquí:

“En la *última* escena del *segundo acto* aparecen “en el escenario Camila y Rosas. Este forcejeando por violarla: ella defendiéndose heroicamente. “Pero como la mujer es mas débil que el hombre, y “como el objeto de vd. (*por el autor*) era vestir de “máscara el hecho histórico, vence Rosas en la de- “sigual lucha, tumbando en un sofá á la desgraciada “Camila. . . . *Aquí concluye el acto; cae el telon, y el “público juzga lo que sucederá despues.*”

A fé que esto no necesita comentarios.—Remito al lector al final del *cuarto cuadro* del drama, á fin de que juzge de la exactitud de semejantes apreciaciones.—No puede darse mas solapada impudencia.

Era pues necesario ser miope de espíritu para no apercibir al momento en aquella oposicion una cuestion meramente política cobijada con el manto de la religion y la moral: al lobo astuto disfrazado con la piel del pacífico cordero.

Tocáronse todos los resortes; hízose uso de las armas mas vedadas, desde la difamacion hasta la amenaza personal por medio del anónimo.

La empresa dramática retrocedió alarmada. . . . Una nota del Vicariato Apostólico, erijido ridículo y arbitrariamente en censura de teatros, la decidió á desistir de la ejecucion, á lo que por otra parte la

(*) El drama salió recien á luz el 12 de Noviembre siguiente.

apremiaban las formales amenazas de los últimos rezagos de la célebre mashorca.—Retiré mi manuscrito de sus manos, y dí el drama á la prensa.

Catorce dias despues de retirar el manuscrito y cuando aun no se habia terminado su impresion, la Municipalidad de Bs. As,—en virtud de una solicitud elevada al Gobierno del Estado por el presbítero D. Eduardo O'Gorman, hermano de la infeliz Camila y párroco de la Villa de Mercedes, en la que pedia la prohibicion del drama, *que aun no conocia*, por considerar su exhibicion lacerante para su familia,—la Municipalidad de Buenos Aires, á quien el Gobierno habia pasado aquella solicitud, acordaba “recomendar á la comision de educacion oficiase á los empresarios de teatro, recomendándoles no admitir dicho drama sin la prévia aprobacion de la comision de educacion de la Municipalidad.” (*)

¡Cosa rara y digna por cierto de notarse! Cuatro dias mas tarde, circulaba el drama impreso; y ni uno solo de los periódicos que lo habian censurado amargamente antes de ver la luz pública, se atrevió á pronunciar una palabra sobre la aparicion de la obra *inmoral é irreligiosa*.

¿Qué significaba este silencio? Desdeñosa indiferencia?

No, por cierto.

Era el triunfo mas elocuente que jamas pude obtener contra la torpe difamacion y la ruin maledicencia.

(*) “El Nacional” de Buenos Aires, fecha 8 de Noviembre de 1856.

La luz se habia hecho para la obra, y la adúltera calumnia no podia ya templar en ella su vergonzosa y sórdida lascivia.

III

Y sin embargo: las persecuciones no habian aun terminado para la pobre Camila! Aun debian atravesar el ancho Plata para venir á atormentarla de nuevo en la patria de su autor; en la tierra que no debe al hombre-hiena, único orijen de esas enmascaradas persecuciones, mas que amarga desolacion y luengas calamidades!

En el número 15 del *Eco Uruguayo* y en *El Nacional* del 19 de Marzo último, apareció una exposicion en que hice públicas *las verdaderas causas* que influyeron para la interdiccion del drama dos dias antes del que se habia fijado para su exhibicion en el teatro de Solis.—Hé aquí algunos párrafos de esa exposicion:

“CAMILA O’GORMAN”

“Creíamos que al representarse este drama en la capital de nuestro pais, que ha sido largo tiempo el baluarte inespugnable contra los conatos impotentes de la tiranía, estaría á cubierto de los tiros cautelosos de los secuaces de esta; la uniformidad de la opinion de la prensa montevideana, al anunciarse su próxima exhibicion, corroboró esta creencia: pero nos estaba reservado un triste desengaño! . . .

“El señor Vicario Apostólico ha pasado una nota al Ministerio de Gobierno en la que pide la interdiccion de *Camila O' Gorman*. Aun ignoramos los términos de esa nota, pero por la entrevista que tuvimos el mártes con S. E. el Señor Ministro de Gobierno, inferimos que está basada en la inconveniencia de *presentar á la esrec'acion pública un drama en que, segun ella, aparecen dos sacerdotes delincuentes de seduccion y delacion.*

“Aunque la ilustracion del Señor Ministro de Gobierno no le permite ver en el drama semejante inconveniencia, segun nos lo ha demostrado con un criterio que le hace sumo honor, se vió en la precision de ordenar á la Policía la suspension requerida, en tanto que una comision censora, que nombró de acuerdo con el Sr. Presidente, de la República, dictaminaba sobre el particular.

“Esta comision consta de los Sres. D. Francisco Acuña de Figueroa, Dres. D. Francisco S. de Antuña (*) y D. Carlos Santurio, Fiscal General, y está encargada de decidir si debe ó nó permitirse la exhibicion de *Camila O' Gorman* en nuestro teatro.

.....

“Cónstanos que antes que el Sr. Vicario soñara en pedir la interdiccion de *Camila O' Gorman*, algunas personas interesadas en que este drama no sea ejecutado en parte alguna por figurar en él JUAN MANUEL ROSAS, el abominable tirano con quien

(*) Hallándose este ausente, fué subrogado por el Dr. D. Adolfo Rodriguez.

esos individuos se sienten asimilados, se apersonaron al Sr. Lamas llevadas por la hipocresía impudente del celo moral y relijioso, encareciéndole la inconveniencia de que se permitiera poner en escena un drama en que aparecen *dos sacerdotes delincuentes de seducción y delacion*; un drama *interdicto* en Buenos Aires por la autoridad eclesiástica.—Este capcioso llamamiento al celo apostólico del Sr. Lamas, no podía ser estéril; agréguese la circunstancia de existir efectivamente, *no en el drama*, sinó en el hecho histórico ó tradicional dos eclesiásticos con aquellas tachas, y se comprenderá fácilmente que el Sr. Vicario se vió en el caso imprescindible de pedir la interdiccion, aunque mas no fuera que en descargo de su delicado ministerio.

“Esta es la realidad de lo ocurrido; y aunque tenemos en mucho la independendencia de carácter del Sr. Lamas, comprendemos que la especialidad del caso no le permitia usar plenamente de ella.

“Estamos resueltos á no pararnos en medios á fin de desenmascarar las viles maquinaciones de los que se empeñan en que el mas nefando crimen de Rosas permanezca en las tinieblas del olvido, á fin de que no los anonade el anatema que la indignacion de todo un pueblo lanzaría sobre la memoria de aquel déspota infernal, con quien están vinculados.

“¿Y cómo permitir que un puñado de hombres de negros antecedentes, estraños á esta tierra, hagan valer en ella su perniciosa influencia?... ¿Cómo permitir que unos cuantos secuaces de la sangrienta

mas horca, pretendan constituirse en nuestro país en defensores hipócritas de la religión y la moral?

“¿Puede concebirse mas inaudita impudencia, mas sacrílego sarcasmo?

“Apelamos al juicio de las personas sensatas.— ¿Qué nos importa el de la ignorancia? ¿Qué nos importa la calumnia? *Camila O'Gorman* circula impreso: léanlo aquellas, y juzguen por su propia conciencia. Ahí está nuestro mas bello triunfo.

“Que se prohiba ó no la representacion, muy poco nos importa como cuestion de amor propio; pero hemos de pugnar siempre por ella en cumplimiento de un propósito sagrado: el de concitar la maldicion de todo un pueblo reunido sobre la odiosa tiranía, representada en Rosas, y vindicar los manes de sus mas sangrientas víctimas—Uladislao Gutierrez, Camila O'Gorman y su inocente hijo, fusilado en las entrañas maternas!

“Dia llegará en que este propósito se cumpla.”

Algunos de los individuos á que alude en uno de los párrafos anteriores, no dejaron por supuesto de llevar á la prensa sus innobles desahogos contra el drama, cubiertos siempre con el antifaz cobarde del anónimo.

Es elocuente, por cierto: solo D. Juan Eugenio Hornc, se ha atrevido á dar la cara! . . . ¿Tendré necesidad de hacer la biografía de este señor?

Pero debo consignar aquí un recuerdo de profunda gratitud á los nobles amigos que entonces y posteriormente supieron resarcirme de aquellos sinsabores con el apoyo de su pluma y de su nombre: Gomez (D. Juan Cárlos), Viel Castel, Tavolara, Carvallo, Ferreira y Artigas, Garzon, Cabrejo, Tezanos.

En esa época tambien mi generoso amigo D. Alejandro Magariños Cervantes escribía desde Buenos Aires á una de las personas mas conspícuas de esta capital, la carta de que esta nos permite dar á continuacion algunos párrafos:

“Buenos Aires, 30 de Marzo de 1857.

.....

“He visto con pesar, por la polémica entablada en los periódicos, reproducirse en Montevideo, á propósito del drama *Camila O' Gorman*, las mismas intrigas y manejos que impidieron su representacion en Buenos Aires.

“Yo habia previsto este caso, y vd. recordará que una noche en casa de vd. delante de varias personas, condené pura y simplemente la oposicion sistemada de los que tienen interés en que *Camila O' Gorman* no se represente. Dije entonces y repito ahora que el tribunal de la opinion pública es el único competente para fallar acerca de la conveniencia ó inconveniencia de poner en escena este ó aquel argumento, tales ó cuales personajes.

“La escena es la verdadera piedra de toque de las obras dramáticas, y niego que la simple lectura baste para absolver ó condenar á un autor.

“Entre nosotros además, hay obra circunstancia especialísima que no debe nunca perderse de vista; los que se consagran al cultivo de las letras apenas tienen por única recompensa su decidido amor al arte; un drama, presupone muchos días y muchas noches de vigilia y de trabajo. Aunque mas no fuese que por el tiempo material y por el trabajo invertido; aunque mas no fuese que por lo reducido que es el número de tales ensayos y las grandes dificultades que hay que vencer, no ya para acercarse á la perfección, sinó para escribir una obra medianamente aceptable, me parece que debe ser doble la indulgencia del público y la protección que un gobierno ilustrado debe conceder á los que se dedican á este importante y difícil ramo de la literatura.

.....

“Yo he sido testigo aquí de las viles intrigas y manejos puestos en juego por un círculo de odiosa memoria; y si no estuviese convencido que es menos la pretendida inmoralidad de la obra, que la condenación mas elocuente y enérgica de la tiranía, lo que se persigue en ella, me guardaría muy bien de llamar la atención de vd. y distraerle de las graves ocupaciones de su cargo.....

“En fin, mi amigo, vd. tiene bastante ilustración y me conoce bastante para hacerse cargo que si la obra del Sr. Fajardo, fuese una obra notoriamente mala é

inmoral, por mas amigo mio que fuese el autor, no seria yo ciertamente quien se empeñase en darle proteccion y amparo.

.....

“Su invariable y buen amigo:

“*Alejandro Magariños Cervan'es.*”

¿Qué importa la virulencia de la embozada calumnia, cuando plumas que han arrancado aplausos en Europa ofrecen en oposicion á ella documentos como el que dejo transcrito?

¡Gracias, noble amigo, gracias por esta y otras pruebas de deferencia y fraternidad literaria que de vd. he recibido!

Pero sigamos el hilo de los sucesos.

La terrible epidemia que azotó repentinamente á la infeliz Montevideo, arrojando la mayor parte de la poblacion á la campaña, impidió que la comision censora se espidiera hasta setiembre.

Entonces, habiendo varios periódicos manifestado el deseo y la oportunidad de que se pusiera el drama en escena por hallarse de regreso la Compañia Duclos, ocurrió en la prensa un incidente curiosísimo y digno de ser aquí anotado, porque es la prueba mas elocuente de la malevolencia y sinrazon de la oposicion hecha á *Camila*.

Hélo aquí, transcrito del *Nacional* del 19 de Setiembre:

“*Camila O’Gorman*”

“Me habia propuesto relegar al silencio y al desprecio las pobres y torpes calumnias que se han

hecho y frecuentemente se hacen á aquella produccion dramática, por medio de la prensa y del anónimo; pero la *R pública* de ayer contiene algunas líneas que no debo dejar pasar en silencio, porque este importa á veces la sancion de un ruin embuste—Hé aquí lo que aquel diario dice entre otras cosas:

“El drama *Camila O’ Gorman* es un drama es-
“crito puramente con un objeto *político y de cir-*
“*cunstancias.*”

“Si todos los que pueden leer ese diario hubie-
sen leído el drama, mi contestacion estaba hecha—
Pero como esto puede no suceder, me limito á supli-
car al redactor de la *República* publique en su diario
un solo verso del drama que corrobore su asercion.

“Si entiende por *política de circunstancias* el
estigma lanzado sobre la frente de la tirania, personi-
ficada en Rosas, y que este estigma deba necesaria-
mente recaer sobre el partido de que es órgano el Sr.
Horne; si ese partido debe ser solidario hasta de las
atrocidades particulares y aisladas de aquel bárbaro,
entonces—solo entonces—mi drama podria tener en
la actualidad un objeto *político y de circunstancias*, y
por consecuencia doble derecho para subir á la escena
en un pais rejido por instituciones que garanten la li-
bertad del pensamiento, la abolicion de la prévia cen-
sura; en un pais que jamas soportó la tirania, y don-
de se puede *en todo tiempo* alzar la voz para maldecir-
la, sin temor de que la ahogue en la garganta la pun-
a de su puñal.

“El redactor de la *República* se dignará probar su aserto del modo que debe y se lo indico, ó reconocerse tácitamente acreedor á todas las prerogativas de la impudente calumnia.

“Montevideo, 18 de Setiembre de 1857.

“*Heraclio C. Fajardo.*”

—

“Hé aquí la contestacion que à las líneas precedentes, publicadas en la *Epoca* de ayer, trae la *República* de hoy:

“El drama *Camila O’Gorman*”

“*El título de la obra es la esplicacion de su objeto.*

“Es la única contestacion que daremos al autor, dándole las gracias ademas por sus apóstrofes de *ruin—embustero—impudente—y calumniador*, con que nos regala sin provocacion alguna.

“Son las últimas palabras que dirijimos al descomedido.

“*J. E. H.*”

“Esta manera de *razonar* no admite réplica.—D. Juan E. Horne no ha hallado en todo el drama *un solo verso* que corroborase su calumniosa asercion, y contesta que *el título de la obra es la esplicacion de su objeto.*

“Los que no hayan leído mi malhadada produccion, pueden juzgar por esta espléndida lógica de la lealtad é ilustracion de sus insignes detractores.

“*Heraclio C. Fajardo.*

“Montevideo, 19 de Setiembre de 1857.”

Dictamen de la Comision Censora.

Montevideo, Setiembre 12 de 1857.

Exmo. Señor:

Los miembros de la Comision que suscribe, encargada por V. E. en Marzo último, para revisar el adjunto drama titulado *Camila O' Gorman* de D. Heracleo Fajardo, y dictaminar sobre si seria ó no conveniente su exhibicion pública en el teatro, han procedido en reunion á examinar *detenidamente* aquella pieza; y de comun acuerdo han hecho en ella varias correcciones y cambios de *palabras* ó conceptos, y algunas cortas supresiones; cuyas variantes las juzga *absolutamente* indeclinables, para que el drama pueda exhibirse en la escena sin alarmar á los *severos moralistas*.

Estas correcciones no deprimen en nada el mérito artístico ó poético de su recomendable jóven autor; y por otra parte la Comision se ha *abstenido* de entrar al exámen literario de la obra, por no creerlo de su competencia.

La Comision cree indispensable que V. E. se sirva enviar al susodicho autor este mismo adjunto ejemplar con las correcciones y anotaciones marcadas; para que al pasarlo á los actores *dramáticos*, para el reparto de papeles, *tengan muy presentes, y observen exactamente las variantes señaladas*, salvando así su responsabilidad la Comision.

Cumplido de este modo el encargo que V. E. se sirvió encomendarnos, le saludamos con el mas alto respeto y consideracion.

Carlos F. Santurio.

Adolfo Rodriguez.

Francisco A. de Figueroa.

Exmo. Sr. Ministro de Gobierno, Dr. D. Joaquin Requena.

Decretos del Gobierno
Ministerio de Gobierno.

Montevideo, Setiembre 26 de 1857.

Debiendo quedar constancia de las supresiones y correcciones hechas por la Comision en el drama examinado, y no designándose en el presente informe, anótense por Secretaria á continuacion de este decreto, espresando la parte del texto suprimido y las correcciones, con indicacion de las páginas respectivas.—Hecho, tráigase al acuerdo.

REQUENA.

Exmo. Señor:

La Secretaria cumpliendo con el decreto que antecede, anota las siguientes correcciones que ha hecho la Comision Censora.

(Aquí las correcciones y supresiones mencionadas y que constan en el ejemplar del drama devuelto al autor.)

Montevideo, Setiembre 27 de 1857.

El Oficial Mayor:—*P. Ellauri.*

Ministerio de Gobierno.

Montevideo, Octubre 9 de 1857.

Devuélvase al autor el drama titulado *Camila O'Gorman* con las supresiones y correcciones practicadas por la Comision Censora, espresadas en la precedente constancia de Secretaria, que se transcribirá al Gefe Político del Departamento de la Capital, á sus efectos; archívese el expediente.

Rúbrica de S. E.

REQUENA.

CORRECCIONES Y SUPRESIONES

PRACTICADAS POR LA COMISION CENSORA EN EL DRAMA

CAMILA O'GORMAN.

Texto.

Correcciones y supresiones.

ACTO 1.º — ESCENA 1.ª

Si se entreabria para hablar su boca
era un raudal de gracia y elocuencia...
¡Capaz seria de volverse loca
la mas fria muger en su presencia!

la divina emocion en que me inflamo

por ese noble ser, modelo de hombre,
es un casto y divino sentimiento....

No!... porque el flúido q' con él me liga
del mismo cielo, Lázaro, dimana!

Es un amor en fin, santo, profundo,

ACTO 1.º — ESCENA 3.ª

Ya sabes el amor en que me embriago
y que alimento del honor sin mengua...
Amor que tiene en la virtud su pago...
Amor que nunca espresará mi lengua!

(Las correcciones van indicadas con
letra *bastardilla*,—las supresiones con
puntos suspensivos.)

esta intima emocion en q' me inflamo

por ese noble ser, *ah! no te asombre*,
es un casto y *hermoso* sentimiento....

No; *que el afecto* que con él me liga
de las virtudes sólidas dimana!

Es un amor en fin, *digno*, profundo,

ACTO 1.º — ESCENA 3.ª

Ya sabes el amor *que me embelesa*
y que alimento del honor sin mengua...
Amor que *guarda la virtud ilesa*....
Amor que nunca espresará mi lengua!

Texto.	Correcciones y supresiones.
ACTO 6.º — ESCENA 4.ª la vida de mi esposo, la de mi hijo!	ACTO 6.º — ESCENA 4.ª la vida de <i>Gutierrez</i> , la de mi hijo!
ACTO 6.º — ESCENA 8.ª Mas antes, permitidme que á mi esposo	ACTO 6.º — ESCENA 8.ª Mas antes, permitidme que á <i>Gutierrez</i>
<i>Gutierrez!</i> ... dueño mio!... nuestro ho- (róscoo)	<i>Gutierrez!</i> <i>infelice!</i> nuestro ho- (róscoo)
Camila.... ¿y nuestro hijo?.....	Ah, Camila!..... ¿y tu hijo?.....
Si, <i>Gutierrez!</i> es justo que muramos: porque la muerte logrará tan solo redimir nuestra culpa, y que el Eterno bendiga nuestra union desde su sólio!	Si, <i>Gutierrez!</i> es <i>fuerza</i> que muramos: porque la muerte logrará tan solo redimir nuestra culpa, y que el Eterno <i>nos</i> bendiga á los dos desde su sólio!

“La Comision *absteniéndose* de todo reparo crítico literario, (*) solo se limita á las correcciones que demanda la censura, como *indispensables*, segun quedan señaladas: y observadas estas, juzga *compurgado* este drama.”

(Nota puesta al fin del ejemplar corregido.)

Por todo comentario á esta censura, me he limitado á *subrayar* algunas palabras del dictámen de la Comision y de la nota que antecede; agregaré que la Comision—despues de examinar *detenidamente* el drama, que tiene 2497 versos,—corrijó 29 y suprimió 16, dejando así *compurgada* la obra y habilitada para subir á la escena, sin que pudiera alar-
mar á los *severos moralistas*.

(*) No sé qué clase de *reparos* serán los siguientes, escritos de puño y letra de uno de los miembros de la Comision, en el ejemplar censurado; juzgue el lector:

(Acto 2.º — Escena 3.ª) “¿A qué ese empeño de estar velada, despues “de haber dicho que era Camila O’Gorman?—pág. 33.”

(Acto 2.º — Escena 5.ª) “No podia saberlo, porque ni Rosas mismo lo “sabia.—Menos podia estar espedita la órden de libertad, y tenerla ya “Manuela.”

Dejo al sentido comun de los lectores la apreciacion de las correcciones y supresiones precitadas, y si tanto unaş como otras modifican en lo mínimo el fondo moral del drama.

Esta censura es sin embargo el triunfo mas completo que podria tener *Camila O' Gorman*, acusado por implacables anónimos de *altamente inmoral, herético y vergonzoso*.

¿A qué mas podria su autor aspirar?

¿Podria jamas la exhibicion darle un triunfo semejante?

IV

Voy, sin embargo, á agregar algunas palabras al análisis de la obra bajo el punto de vista moral y religioso, que, segun digo al principio, es lo que me hace tomar la pluma, dominando la repugnancia que me inspira una tarea en que tengo que ocuparme de mí mismo. La dignidad del arte, por lo menos, exige este sacrificio, mas grande ciertamente de lo que tal vez muchos se imajinan.

Empezaré por decir con el aplomo de la conciencia, á despecho de todas las recriminaciones que se han hecho al drama y de la incredulidad de los que juzgan de su fondo por el acontecimiento histórico que le ha servido de base, que una idea moral, religiosa y humanitaria ha presidido á mi trabajo.

Voy á tratar de probarlo con lealtad. Pero ante todo, debo declarar con franqueza que el profundo sentimiento de mi insuficiencia intelectual, me ha

hecho dudar siempre del éxito de la obra en todo sentido, y especialmente bajo este punto de vista; lo que no quiere decir de ningún modo que por no haber logrado hacerla fértil en aquellos resultados, debía necesariamente incurrir en el extremo opuesto. La sana simiente que el labrador echa en el surco puede muy bien esterilizarse, pero jamás producir por una espiga un abrojo.

Hallándome en Buenos Aires al cargo de un periódico literario,—*El Recuerdo*,—el Sr. Felisberto Pélissot, distinguido escritor francés residente en aquella ciudad, me hizo el honor de confiarme la traducción de una novela suya, inédita aun, titulada *Camila O'Gorman*. Esta novela fué para mí un manantial de profundas reflexiones acerca del hecho histórico que abraza y pone de relieve, con tan magníficos contornos, con palpitantes escenas y dramáticas peripecias. Su plan, apoyando en la historia la consecuencia ó el efecto, decidiendo atrevidamente á las tinieblas del misterio para arrancarles la causa con una lógica admirable.

Este plan, brillantemente ejecutado, me dió la clave del enigma, la solución del problema tenebroso que se presenta al espíritu ante el sudario sangriento y misterioso que envuelve los pormenores del horrible asesinato cometido en las personas de Camila O'Gorman y Uladislao Gutierrez; y entonces, con el candor de un niño si se quiere, creí ver una revelación providencial en el parto feliz de una inteligencia superior, de una imaginación fértil y poética.

De cualquier modo, el objeto de la novela, juzgando por mis propias impresiones, me pareció noble y santo. Rehabilitar la memoria de dos seres desgraciados, cuyo único delito consistía en haberse dejado arrastrar por una de las debilidades inherentes á nuestra frágil naturaleza, delito mas que espionado, bárbaramente espionado en un patíbulo; rehabilitar, decía, la memoria de esos seres malhadados, atenuando su culpa con la del cínico tirano cuya brutal persecucion los arrojára al abismo del error; hacer aquella culpa hija infalible de esta, y por consecuencia refluir todo el oprobio sobre la cabeza del malvado; hacer, sin embargo de esto, resaltar en la torpe venganza de Rosas, algo de providencial, algo de espia-torio que sirva de freno saludable á los extravíos morales á que arrastra la pasion,—tal es en mi opinion el objeto del novelista; objeto tan generoso como filosófico y moralizador, porque al mismo tiempo que tiende á atenuar un delito con la preexistencia de otro que le engendrara, no admite sin embargo el sofisma de la irresponsabilidad absoluta del efecto por la naturaleza de la causa.

La tentacion de trasladar á la escena un hecho histórico tan dramático en sí mismo y tan hábilmente exornado por la intelijente pluma del Sr. Péliissot, no demoró en ofrecerse á mi espíritu. A medida que hacía la traduccion de la novela, me penetraba mas y mas del laudable objeto que habia movido la pluma de su autor. Llevar el mismo objeto en la ejecucion del drama; darle mas vida si posible fuere con la

traslacion al teatro y las ventajas de la representacion escénica sobre la narracion escrita,—me pareció generoso, filosófico y moralizador en igual grado. Y sabe Dios que entonces como ahora tenía muy presentes estas juiciosas reflexiones de Saint-Marc Girardin, hablando precisamente del drama:—“Es necesario no hacernos ilusiones sobre los peligros de la inmoralidad literaria. La fanfarroneria del vicio, inocente para el que la profesa, es con frecuencia funesta para los que lo rodean; es nociva sobre todo por el ejemplo; poco á poco los buenos sentimientos se alteran á fuerza de oír preconisar los malos; y es tentar demasiado la flaqueza humana poner siempre á su alcance una excusa. . . . ¡qué digo! . . . un elogio preparado para cada falta.”

Mis escrúpulos morales y relijiosos, las consideraciones históricas y políticas, la incompatibilidad de la ilusion escénica con la frescura del argumento, y sobre todo, el sentimiento de mi incapacidad, lucharon largo tiempo contra esta dulce tentacion; pero vencieron por último la razon, y á mi turno, el deseo de rehabilitar en cuanto fuese posible la memoria de la infeliz Camila O’Gorman y su compañero de infortunio, sin deterioro de la moral ni de la religion, y muy al contrario en beneficio de estas.

Así lo creia y así lo creeré mientras no se me pruebe lo contrario; pues si la moral y la religion se escandalizan del hecho histórico por la faz que nos presenta, suponer la faz velada por el misterio en contradiccion con la de público dominio; poner ámbas

en la balanza de la equidad; aligerar por la barbarie del verdugo el delito de las víctimas, sin por ésto eximirlo del castigo, paréceme á lo menos, sinó altamente moral, humanitario y generoso. Desagraviarlas en cuanto se puede del vilipendio que la fama pública de ese hecho arroja sobre ellas, es hacer algo por la religion y la moral.

Ademas de estas reflexiones debo advertir que varios pormenores adquiridos de personas que conocieron y trataron á la infeliz protagonista de este sangriento drama, relativos á su persona y á su vida, me hicieron admirar en ella cualidades y virtudes ignoradas por todos los que no entraban en el círculo de sus relaciones, confirmándome en la existencia de causas desconocidas y poderosas respecto á su misteriosa fuga de Buenos Aires.

De aquí la conmiseracion profunda, la admiracion casi ideal que me inspiró desde entonces la memoria de esa mujer desgraciada, que me figuro interiormente colocada entre dos abismos inevitables: amagada por la lascivia de una pasion brutal y terrible, por una parte, y solicitada por las magnéticas seducciones de una inclinacion harto ideal y fascinante, por otra. . . . ¡Pobre criatura! . . . ¡Cómo podria trepidar en la eleccion? . . .

En prueba de lo que dejo establecido, esto es, del objeto que me propuse al escribir el drama tan malhadado como la mujer que le prestara su nombre, creo oportuno transcribir aquí la siguiente carta, publicada en los diarios de Buenos Aires:

“Sr. Presbítero D. Eduardo O’ Gorman.

“Buenos Aires, Noviembre 18 de 1856.

“Muy Sr. mio:

“El conocimiento de haber elevado vd. una solicitud al Gobierno del Estado, en que á nombre de toda su familia, pide vd. se prohíba en Buenos Aires la exhibicion del drama que he hecho con el nombre de su malograda hermana, me pone en el deber de dirigirme á vd. por medio de esta.

“Tengo el gusto de adjuntarle un ejemplar de aquel drama, que acabo de imprimir.—Cuando la prensa dió cuenta de su nota de vd., ya habia yo desistido de que jamas se diera en Buenos Aires, no porque él pudiera ofender en nada á la moral pública, como capciosamente se quiso hacer creer; no porque él pudiera redundar en desdoro del nombre de su familia, que respeto con sinceridad; sino porque un círculo político que creia sentirse aludido en él, habia puesto en juego los mas infames resortes á fin de impedir á todo costo la exhibicion del drama, y levantado contra este, antes de que fuera conocido, la pública animadversion.

“El objeto de la publicacion del drama es desvanecer las bastardas imputaciones de *inmoral* y *vergonzoso* que le arrojara el espíritu apasionado de partido, cobijando con ellas su móvil verdadero. Creo que no exista una sola persona sensata que así no lo haya comprendido: y me alimenta la lisongera esperanza de que vd. mismo, y con vd. toda su respetable familia, rectificará la opinion apocada que

han podido hacerle formular acerca de esa produccion, los desahogados apasionados de ciertos individuos.

“Desde que emprendí la traduccion de la novela que lleva el mismo título del drama, lo hice con el convencimiento de que élla propendia primordial y eficazmente á la rehabilitacion de la memoria de su malhadada hermana, y que lejos de hacer inclinar la frente á ninguno de los miembros de su familia, deramaria por lo contrario un bálsamo consolador en el fondo de sus almas. En el drama, este ha sido tambien mi principal objeto. Puedo no haberlo conseguido, pero confio en que vd. me hará la justicia de no dudar de la sinceridad de mi propósito.

“Tengo familia, Sr.; tengo hermanas tambien, y hermanas muy queridas: pobres y frágiles criaturas espuestas como todas las de su sexo á incurrir en extravios morales; porque la sociedad en que vivimos ofrece á la muger un abismo á cada paso, y no siempre domina la razon ni los sólidos principios de una cristiana educacion — Por otra parte, la trájica memoria de su infeliz hermana siempre me ha sido simpática; siempre he creido descubrir á traves del misterio que la envuelve, á traves del lodo que le arroja la obcecada sociedad, he creido descubrir, decia, la aureola del martirio, la apotéosis de la santa.

“Por consecuencia, sin notoria injusticia, no puede vd. ni nadie creer razonablemente, que yo tuviera otro objeto al llevar á la escena ese episodio sangriento de la tiranía de Rosas, que el de vindicar los

manes de la víctima y lanzar un anatema sobre la frente del verdugo.

“He creído, pues, hallarme en el deber de dirigir á vd. esta carta sin mas objeto que el de manifestarle la sinceridad y lealtad de mis intenciones, al hacer uso del nombre de su familia,—nombre que en la infeliz Camila pertenece ya á la historia,—y el profundo pesar que me ha causado la interpretacion errónea que sin duda les habrá dado vd., prejuzgando mi humilde produccion por inexactas y osadas apreciaciones.

“Al llenar este deber, tengo la satisfaccion de hacer á vd. las mas sinceras protestas de la consideracion y aprecio que merece á su atento, seguro servidor Q. B. S. M.

“*Heraclio C. Fajardo.*”

Ahí está la obra, agregaré en conclusion de este prefacio ya harto estenso: léala y termine cada uno por sí mismo el análisis comenzado, poniéndola en parangon con el acontecimiento histórico en su descarnada realidad, y deduciendo del paralelo en cuanto alcancé mi objeto y de qué modo he consultado la moral y acatado la religion en la ejecucion de mi primer ensayo dramático.

Heraclio C. Fajardo.

Montevideo, Octubre de 1857.

No todo es sinsabores en la carrera literaria; y por acerbos que hayan sido los que este drama ha reportado á su autor, este se siente resarcido con los testimonios de aprecio que le ha granjeado de personas competentes, cuyos nombres conserva en su corazón.—Entre estas, debe un especial y público homenaje de gratitud al Sr. D. Cosme Martín, propietario de la Librería Nacional en Buenos Aires, no tanto por el hecho material de haberle fijado espontáneamente un estipendio pecuniario por los derechos de autor y encargándose de hacer por su cuenta y riesgo una segunda edición de mil ejemplares del drama *Camila O' Gorman*, como por la importancia moral de ese hecho.

Ningun asombro causará él á los que ignoran las condiciones limitadas y mezquinas del comercio de libros entre nosotros, y que el trabajo literario ningun valor representa todavía en el Rio de la Plata, donde con toda propiedad puede decirse que no dá honra ni provecho. Pero el autor de *Camila* sabe esto por la experiencia de diez años que lleva ya consagrados á esa ímproba faena; y al aceptar la generosa é innmerecida oblacion del Sr. D. Cosme Martin, lo hizo experimentando la dulce satisfaccion de haber hecho anteriormente en bien de otros lo que por él se hacía en aquel instante:—el editor de las obras poéticas de Cuenca tenía el derecho de acordarse que era autor de *Camila O' Gorman*.

Permítasele, pues, consignar con gratitud en la portada de este libro el nombre de su modesto Meceñas, de su primer editor.

H. C. F.

Buenos Aires, 3 de Febrero de 1862.

CAMILA O'GORMAN

PERSONAJES

CAMILA O'GORMAN.

MANUELA ROSAS.

ULADISLAO GUTIERREZ.

JUAN MANUEL ROSAS.

LÁZARO TORRECILLA.

ANDRES GANON.

EUSEBIO.

EL PRESIDENTE DE UNA CONJURACION.

EL COMANDANTE DE SANTOS-LUGARES.

UN OFICIAL DE LA GUARNICION DE GOYA.

UN EDECAN DE ROSAS.

Los ministros de Francia é Inglaterra; hombres y mugeres de la corte de Palermo; conjurados y soldados.

Los cuatro primeros cuadros tienen lugar en Buenos Aires, en diciembre de 1847; el quinto en Goya, provincia de Corrientes, y el sexto en Santos-Lugares, á cinco leguas de Buenos Aires: ámbos, ocho meses después de aquella fecha.

Las indicaciones de derecha é izquierda están tomadas del palco escénico.

CUADRO PRIMERO

Sala en casa de Camila decentemente amueblada; mesa con útiles de escribir y algunos libros; puerta exterior al fondo; á derecha é izquierda comunicacion con aposentos interiores.

ESCENA PRIMERA.

CAMILA, LAZARO; *al último*, GANON.

La primera sentada en un sofá: Lázaro al lado inquiriéndola amistosamente con la vista.

LÁZ. ¿Por qué tan triste, Camila?
 ¿Qué causa, amiga, esa pena
 que si bien tu labio oculta
 tu semblante me revela?
 Callas? Ah! quién me diría
 que nuestra mútua franqueza,
 esa que desde la infancia
 como á hermanos nos uniera,
 trocáras un solo instante
 por esta fria reserva! . . .

CAM. Lázaro!

LÁZ. Sí, tú ya no eres
conmigo lo que antes eras:
mas que una amiga una hermana
comunicativa, ingénua. . . .
Nunca reflejó en tus ojos
un pensamiento cualquiera
sin que al momento tratára
de espresármelo tu lengua. . . .
Y ahora ¿por qué me ocultas
la zozobra que te aqueja?
Lloras?

CAM. Lázaro, por Dios,
no prosigas en tal tema!
Yo no sufro tus reproches
tan solo me causan pena

LÁZ. ¿Que no sufres! pues entónces,
¿qué melancolía es esa
que he notado en tu semblante
hace ya dias? ¿Qué mezcla
de amargura en tu sonrisa
y en tu acento de tristeza?
¿Qué ocasiona ese aislamiento,
esa soledad austera
á que tan frecuentemente,
amiga mia, te entregas?
Oh! no lo niegues, Camila:
hay un cambio en tu existencia. . . .
un misterio que me ocultas
pero que mi alma penetra.

CAM. Lázaro, tienes razon:
hay algo, sí, que mi lengua
no pronunciará jamas
porque el deber me lo veda.
Tú lo has dicho. . . . es un misterio
que aquí, en mi pecho, se alberga
y que nadie, nadie, Lázaro,
debe saber en la tierra.
Perdona, pues, el silencio
que por vez primera sella
mi labio para contigo,
y mi secreto respeta.

LÁZ. Entonces, Camila, adios!... (*Levantandose*)
Nada que agregar me resta.

CAM. Lázaro, no!.. escucha, escucha! (*Deten'dole*)
Perdóname la reserva
que hasta hoy contigo he guardado
de nuestro cariño en mengua.
He sido una ingrata, sí. . . .
mi razon me lo demuestra. . . .
lastimando tu amistad
con mi falta de franqueza;
tu amistad, arca sagrada
que ya contener debiera
el tesoro del secreto
que mi corazon encierra;
tu amistad, que desde niño
me jurastes, alma bella,
y que del tiempo ha pasado
por la acrisolada prueba.

Escucha, pues, y perdona
te repito, mi reserva
que ha sido el único origen
de mi frecuente tristeza.—

En los sueños de dicha juveniles
que halagaban la flor de mi esperanza,
yo veía los májicos pensiles
de un prometido eden en lontananza.
Veía en derredor bellos qucrubes
entretejer guirnaldas á mi frente
y sobre mil arreboladas nubes
destinarme un asiento preferente.
Allí, mecida por el aura leve
que impregnaba el aroma de azahares
veíame al cielo remontar en breve
al dulce son de místicos cantares.
Y al arribar á una region de calma,
de paz indefinible y misteriosa,
donde embriagada saboreaba el alma
néctar de amor en copa deliciosa:
una vision celeste, delicada,
que el labio no se atreve á darle nombre,
aparecía siempre á mi mirada
bajo la forma natural de un hombre.
Y era triste, inefable su sonrisa,
y dulce y melancólico su acento,
como el blando susurro de la brisa,
como el murmurio de las aguas lento.
Yo miraba su rostro embebecida
en éxtasis de amor . . . y él me miraba

y recíprocamente nuestra vida
en aquella mirada se cambiaba.
Y recíprocamente nuestros ojos
con un brillo celeste relucían. . . .
y recíprocamente los sonrojos
en la mejilla de los dos surjían.
Y me daba su mano aquel mancebo,
y á su contacto en mí se despertaba
un sentimiento delicioso, nuevo,
que en embriaguez de gozo me postraba.
Aproximaba entonces su semblante
de casto amor y dignidad impreso,
y respetuoso, y púdico, y amante,
sobre mi frente deponía un beso.
Yo despertaba entónces azorada,
y con el sueño mi vision huía!
y me quedaba el alma impresionada
con la dicha que el alma presentía!
Sí, Lázaro: los goces que mintieran
mis ensueños de tierna adolescente,
del corazon presentimientos eran,
y ora mi seno en realidad los siente! . . .
Escucha: un dia en este sitio mismo
aparció un mancebo; á su mirada
yo sentí que me helaba un parasismo . . .
yo sentí en fin que estaba enamorada.
Bello era el jóven, y su frente pura
de intelijencia y de nobleza sello;
su mirar de simpática dulzura,
sedoso y renegrido su cabello.

Si se entrenbría para hablar su boca
era un raudal de gracia y elocuencia. . . .
¡Capaz sería de volverse loca
la mas fria muger en su presencia!
Yo sentí que mi pecho alborozaba
un sentimiento raro, delicioso:
porque humanado en aquel ser hallaba
de mi vision al querubin hermoso.
Y desde entónces invadióme el alma
la divina emocion en que me inflamo. . . .
y desde entónces zozobró mi calma. . . .
y desde entónces á Gutierrez amo!

[Al empezar esta última cuarteta, aparece Ganon en el fondo; hace oportunamente la exclamacion que se indicará, y desaparece de nuevo]

GAN. (¡Hola!)

LÁZ. ¡Gutierrez!

CAM. Sí, Lázaro: el mismo!

LÁZ. Pero Gutierrez es. . . .un sacerdote!

CAM. Yo sé que entre los dos hay un abismo
que nos amaga con horrible azote. . . .
Pero ¿qué importa? si el amor que siento
por ese noble sor, modelo de hombre,
es un casto y divino sentimiento. . . .
un sentimiento que no tiene nombre!
¿Crees por ventura que mi pecho abriga
una pasion vulgar, débil, mundana?
No! porque el flúido que con él me liga
del mismo cielo, Lázaro, dimana!
Es un amor que nútrese del fuego
que la virtud en su mirar refleja

y que, de haberme penetrado luego,
satisfecha y extática me deja.
Es un amor que eleva nuestras almas
mas allá de los límites del orbe,
y que tiene sus goces y sus palmas
en la fruicion moral que nos absorbe.
Es un amor, en fin, santo, profundo,
que en nada terrenal imájen halla;
y no hay voto ni vínculo en el mundo
que ponga torpe á su existencia valla! (*)

[Aparece Eusebio por el fondo pensativo y melancólico;
párase, cruza los brazos y contempla á Camila con
amargura.]

ESCENA II.

CAMILA, LÁZARO, EUSEBIO.

Eus. ¡Pobre jóven!

CAM. (*Con sobresalto:*) Oh Dios! nos escuchaba!....

LÁZ. ¿Quién sois? ¿qué pretendéis?

Eus. (*Siempre en triste contemplacion:*)

¡Pobre inocente!

LÁZ. Y bien!...no respondeis?...

Eus. ¡Cuán pronto acaba

la dicha en esta atmósfera!...

LÁZ. (*Dirigiéndose á él:*) ¡Insolente!...

(*) Non: je ne rougis plus du feu qui me consume;
L'amour est innocent quand la vertu l'allume.

CAM. Por Dios, amigo!..¿Qué quereis, buen hombre?

EUS. Flor de la tierra, el huracan ya rugé! . . .
y antes que el paso con tu dicha alfombre,
ten ¡ay! cautela de su rudo empuge!

CAM. ¿Qué dice?

LÁZ. ¡Vive Dios!...(Con impaciencia.)

EUS. (*Imperturbable:*) Ave del cielo,
no luzcas en este ámbito tus galas:
porque ya tiende el gavilan su vuelo,
y con sus uñas trozará tus alas!
Cautela, pues, cautela!

(*Vase triste y pausadamente*)

ESCENA III.

DICHOS *ménos* EUSEBIO.

CAM. ¿Qué hombre es este?

LÁZ. Es un loco, Camila, no hagas caso
¿No notaste el desórden de su veste?
Es el loco de Rosas, su payaso.

CAM. Sin embargo, no sé por qué su acento
me oprimió el corazon.... (*Preocupada*)

LÁZ. Vamos, locura!

CAM. Cual si un negro fatal presentimiento
mi espíritu llenára de tristura! . . .

LÁZ. Deja, Camila, esa pueril idea
que es indigna ¿verdad?

CAM. Y bien, amigo:
¿qué mas franqueza tu amistad desea?
Ya sabes el secreto que aquí abrigo.

Ya sabes el amor en que me embriago
y que alimento del honor sin mengua...
Amor que tiene en la virtud su pago....
Amor que nunca espresará mi lengua!....

LÁZ. Gracias, Camila, gracias!... Bien comprendo
el precio del secreto que me fias,
y, tu virtud y tu alma conociendo,
que eres capaz de tales simpatías.
Pero temo que al fin... el imposible
pueda trocar en él....

CAM. (*Interrumpiéndole:*) Oh! ni un momento!
porque es su corazon inaccesible
á otra pasion que á la pasion que siento!...
Escucha aun:—Un dia, de piano
me daba la leccion cual de costumbre;
notas sacaba su inspirada mano
de inefable pasion y dulcedumbre.
Yo le miraba extática, absorbida
en íntimo y sabroso arrobamiento,
y en la cadencia de pasion henchida
creyendo traslucir su pensamiento.
El continuaba siempre; hasta que nota
que silenciosa, férvida y sentida,
moja su mano cristalina gota,
lágrima de mis párpados-caida.
Nunca hasta allí sus labios pronunciáran
una frase de amor ó galanteo;
nunca hasta allí sus ojos espresáran
el pálido reflejo de un desco...
Pero entónces, su mágica pupila

fijando en mí, sus labios se entreabrieron
y con acento de pasión:—“Camila,
ya es delito el silencio! me dijeron.
Desde que os ví, mi corazón cediendo
á una ley de secreta simpatía,
ha ido la llama de pasión nutriendo
que tortura incesante el alma mía.
En vano ha sido que el deber oponga
como valla á ese amor un imposible:
pues cuanto mas el tiempo se prolonga
hácese tanto mas irresistible.
Ese mismo deber hablar me ordena
y deciros que os amo y os respeto....
que hay un voto fatal que me condena
á ahogar mis sensaciones en secreto....
Que si responde en vos la simpatía
que me viene de vos.... ¡ah! procuremos
convertir ese amor en poesía,
y en el honor y en la virtud pensemos!”
Ya ves, Lázaro, el hombre á quien adoro!
Modelo de evangélica entereza,
su hermoso corazón es un tesoro
cuya virtud escuda mi pureza.
Con amor ideal nos adoramos,
y eternamente así nos amaremos:
porque en este cariño disfrutamos
cuanto goce moral apetecemos.

LÁZ. Oh! quiera el cielo conservar ileso
ese noble cariño!....

CAM.

No lo dudes!

pues le garante del menor esceso
un tesoro de sólidas virtudes.

LÁZ. Y bien, Camila, adios! . . . Conserva puras
esas que tienen en tu pecho abrigo,
y el cielo premiará con mil venturas
tu santa abnegacion.

CAM. ¡Adios, amigo!

ESCENA IV.

CAMILA; luego, GANON.

*Pausadamente y mirando hácia la puerta por donde
ha salido Lázaro:*

Adios, noble corazon
para mi afecto nacido!
Adios, tú, que has comprendido
sin doblez esta pasion!
Tú, que elevando la mente
á la region en que moro,
no ves mengua ni desdoro
en ese amor inocente.
Tú, cuya palabra amiga
siempre me brindó en el suelo
el bálsamo del consuelo
que los pesares mitiga
Pero alguien llega

(Aparece Ganon por el fondo embozado en una capa; en-
trega á Camila un billete y desaparece en seguida.)

GAN.

Tomad,

y leed, que os interesa.

CAM.

(*Después de leer para sí el billete:*)

Cielos! . . . hoy sobre mí pesa

alguna fatalidad! . . .

(*En voz alta:*) “Al salir de vuestra casa, Lázaro ha sido aprehendido bajo la inculpacion de complicidad en un complot de Unitarios, y en este momento le conducen á una cárcel. No perdais un solo instante en ir á Palermo, si quereis obtener su salvacion.”

¡Dios mio! . . . Lázaro! . . . Ah! . . .

¿Qué es esto, por Dios, qué es esto?

¿Dónde está ese hombre funesto? . . .

¡Cielos! . . . se ha marchado ya! . . .

¿Qué hacer, Dios mio, qué hacer? . . .

¡Tal vez su vida peligre

en las garras de ese tigre

que le ha mandado prender! . . .

¿Qué hacer por su salvacion? . . .

¿Ir á Palermo? . . . Sí, iré! . . .

Pero, ir sin riesgo podré

á ese antro de corrupcion? . . .

¿Qué hacer? . . . Mi razon vacila!

Pero, quién me dá este aviso? . . .

Saberlo fuera preciso . . .

Mas, ah! . . . Gutierrez! . . .

ESCENA V.

CAMILA, ULADISLAO, *de particular.*

- ULAD. Camila!
- CAM. El mismo cielo os envia.
- ULAD. Pero, qué desasosiego ?
- CAM. Leed, leed, os lo ruego,
pues urge el tiempo á fé mia.
- ULAD. *(Despues de haber leído el billete:)*
Vuestro amigo!
- CAM. Sí!
- ULAD. Mas quién
os dió este billete?
- CAM. Un hombre
de quién no conozco el nombre
ni ví las facciones bien.
Es sin duda algun amigo
de Lázaro que, de paso,
quiso que fuera el acaso
de esta desgracia testigo.
- ULAD. De cualquier modo, el consejo
me parece absurdo.
- CAM. ¿Y qué
otro recurso hallaré
de salvarle, si le dejo?
Ah! vos me acompañareis;
y así sin temor podremos
ver á Rosas, y obtendremos
su gracia.

ULAD. Vos lo quereis,
iremos . . . aunque barrunto
poca esperanza . . .

CAM. Sí, sí!
aguardadme un poco aquí
y partiremos al punto.

ESCENA VI.

ULADISLAO.

Pedir al tigre el cordero
compasion . . . ¡insensatez! . . .
¿Perdonó acaso una vez
sola, ese déspota fiero?
Ese tirano maldito
que nuestra patria aniquila,
¿vacila acaso, vacila
en perpetrar el delito?
¿Tienen acaso poder
para contener su mano
el influjo soberano
ó el llanto de la muger?
Sí, tal vez! Pero no es mas
que una clemencia ficticia
otra sed, otra avaricia
de ese impuro Satanás!
Y Camila va tal vez
à despertar en su pecho

el cáncer que està en acecho
con infernal avidéz!
Oh! no dejaré un instante
de estar á su lado, sí!
que tal vez no fuera allí
su heróica virtud bastante.
Yo debo velar por ella
y ser su ángel tutelar;
sí, la debo acompañar
en su piadosa querella. . .
Dice bien: no hay otro medio
de obtèner su salvacion,
y sin él la perdicion
de Lázaro es sin remedio.

ESCENA VII.

ULADISLAO, CAMILA.

CAM. Pronto, Gutierrez, partamos!
Breve será nuestro viaje:
tomaremos un carruaje,
y á Palermo! Vamos!

ULAD. Vamos!

(La escena permanece un instante sola; despues, entra
Ganon cautelosamente.)

ESCENA VIII.

GANON.

Bien: han partido los dos!
Sin duda á Palermo van. . . .
Si se realiza mi plan,
ya veremos, vive Dios!
Se aman! . . . sí, sus propios labios
lo dijeron há un momento
en este mismo aposento,
pese á mis hondos agravios!
Se aman! . . . Oh! yo haré este amor
convertir en odio en breve
hácia el hombre que se atreve
á disputarme su ardor!
Sí, yo el medio encontraré
de turbar sus relaciones,
y de entrámbos corazones
quebrantar la mútua fé.
Oh! no hay fuerza suficiente
para contener el brío
de la pasion que en el mio
batalla incesantemente;
y he de lograr, vive Dios,
de sus pasos en acecho,
que penetre hasta su pecho
ó que nos mate á los dos!

(Con sonrisa siniestra:)

Oh Camila! . . . goza, rie
con el amor de tu seno,
mientras yo apuro el veneno
que en mi existencia deslie
Gózate hoy . . . porque mañana
tal vez llores y yo ria,
deshecha la simpatía
que tu existencia engalana.
En mal hora revelaste
ese secreto maldito:
porque en mi interior el grito
de los celos despertaste;
y no sabes, desdichada,
de cuanto capaz me siento
con ese rudo tormento
que mi ambicion anonada.
Ya lo sabrás, muger bella,
cuando dé cima á mi obra,
si es que mi plan no zozobra
y me protege mi estrella!
Empecemos!

(Se dirige á la mesa; escribe, dobla el papel y lo coloca
visiblemente dentro de un libro.)

Su atencion

llamará aquí, me hago cargo.
Ya la espera un rato amargo!
Ahora . . . á Palermo, Ganon!

(Se emboza y desaparece rápidamente. Cae el telon.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO

Sala en Palermo adornada segun la época de Rosas. Galería al fondo. A derecha é izquierda puertas comunicando con aposentos interiores.

ESCENA PRIMERA.

ROSAS tendido á medias sobre un sofá en actitud negligente; á su izquierda y de pié, EUSEBIO grotescamente vestido de general; á su derecha los ministros de Francia é Inglaterra; hombres y mugeres de su corte: todos sentados y con la adulacion en el semblante.

ROSAS (*Dirigiéndose á los ministros:*)

Por lo dicho, ya inferís
mi sistema de gobierno,
el plan interno y esterno
que he aplicado á mi pais.
Tal vez á vuestros monarcas,
allá en Francia ó Inglaterra,
no cuadrára. . . . mas mi tierra
no es como aquellas comarcas.

Aquí hay un pueblo avezado
á continuas disenciones,
y que requiere mandones
algo duros, mal su grado.
Con los fueros de que á un rey
supo vencer en la lucha,
ya á ningun gobierno escucha,
y es su capricho su ley.

Mi antecesor Rivadavia
se equivocó medio á medio
creyendo hallar el remedio
en su tolerancia y labia;
pues dió suelta á los rencores
con sus pacíficos modos,
y en fin, cayó como todos
mis demas antecesores.

Ya veis . . . era indispensable
el sistema que os alabo
para hacer al fin y al cabo
la paz en mi patria estable.

Y dígase lo que quiera:
desde que yo lo administro,
cual nunca el pais prospera
¿Es cierto, señor ministro? . . .

(A Eusebio: este contesta con un signo de cabeza afirmativo y de ridícula gravedad.)

Es verdad que el vulgo dice
que soy déspota, tirano;
que gime bajo mi mano
el pueblo, y que me maldice.

Que sus leyes atropello;
que su libertad sofoco;
que le torturo y disloco,
le maniato y le degüello.
*Que de salvaje unitario
hasta de Dios enemigo,
tilda al que no está conmiigo
y es por esto mi contrario.*
Que soy un torpe gaucho
incapaz de gobernar,
y solo para domar
potros de la Pampa dueho.
Que al progreso y qué sé yo
ataco, pues me acomoda
poner la chaqueta en moda,
divisa y moño punzó.
Que hago del pueblo una grey
que inmolo, befo y humillo,
y que la ley del cuchillo
es finalmente mi ley
¿Qué queréis? Habladurías
de la estúpida canalla
que se rebela y estalla
contra mis sabias teorías. (*Hipócritamente.*)
En cambio, el pueblo sensato
las magnifica, me ama,
y restaurador me aclama
porque sus leyes acato.
Que si castigo ejemplar
impongo á anárquicos brios,

esto no es tiranizar . . .

¿Es cierto, señores míos?

(A sus cortesanos: profunda y general inclinacion por parte de estos en signo de afirmativa.)

Tambien el vulgo murmura
que sacrifico el erario;
que atesoro el numerario
y doy al papel altura.
Que abrumo á la poblacion
con mil tarifas é impuestos;
que inermos los presupuestos
y alzo la contribucion.
Que á aquel que riqueza aduna
persigo y pongo en rehenes,
y que confisco sus bienes
para aumentar mi fortuna.
Que saqueo á la nacion
y su descrédito labro;
que es un puro descalabro
en fin mi administracion.
Cuando á fuer de liberal,
señores, se recomienda;
pues nunca tuvo la hacienda
un sistema mas formal
Para mayor claridad,
ved el nacional registro,
que prueba mi integridad
¿Es cierto, señor ministro?

(Eusebio contesta con el mismo signo afirmativo.)

Tambien dice,—y observad
si es osado el vulgo estulto,—
que rindo excesivo culto
al amor y á la beldad.
Que les gano en aficion
á Don Juan y á cien Tenorios,
y que rayan mis jolgorios
en torpe prostitucion.
Que ni virtud, ni desden,
ni nada en suma me arredra
que todo lo que aquí medra
son sultanas de mi haren

(Movimiento de hipócrita rubor en las damas.)

Y os juro que, sin pecar
de hipócrita ni modesto,
yo soy, señores, en esto
de una virtud ejemplar!
Al contrario, tal vez peco
de platónicas manías,
de poco galante y seco
¿Es cierto, señoras mias?

(A las damas: estas se sonrien con malicia y se inclinan,
afirmativamente.)

ESCENA II.

DICHOS *y un* EDECAN.

EDECAN (Anunciando desde el fondo):
Una bella señorita,
de un sacerdote en compañía,

hablaros, señor, desean
y esperan en la antesala.
ROSAS (¡Hola!) Bien, introducidlos. (*Váse el Edec.*)
Ya veis, señores: mi fama
no puede estar mejor puesta,
desde que inspiro confianza
hasta este grado á las bellas. . . .
Mas, permitid, nobles damas, (*Parándose*)
que á solas otorgue audiencia
á los que por ella aguardan.
Y vosotros, caballeros,
dispensadme. . . . A vuestras plantas,
embajador de Inglaterra. . . .
Señor ministro de Francia,
bésos la mano. . . . Señores. . . .
(*Abur, rastrera canalla!*)

(Los ministros y corte despejan la sala. A una indicacion de Rosas, Eusebio sale tambien por la izquierda. Aquel vuelve á tenderse negligentemente sobre el sofá. Entran Camila y Uladislao conduciolos por el Edecán, que se retira luego; la primera con el velo caido: ambos saludan á Rosas con una respetuosa inclinacion, y toman asiento á indicacion de éste que se incorpora en el sofá.)

ESCENA III.

ROSAS, CAMILA, ULADISLAO.

Ros. (Elegante es la dama, bien se nota. . . .
El otro. . . . tiene facha de jesuita. . . .

¿Puedo saber, hermosa compatriota,
á qué debo el honor de esta visita?

(Camila va á responder, pero se turba y nada dice.)

(Esta es sin duda pez para mi anzuelo)

Me place esa modestia, y apostara
á que detras de ese importuno velo
me oculta aleve la mas linda cara.

¿A ver si adivinó?

(Quiere suspenderlo: Camila rechaza su mano con un movimiento de dignidad.)

(Hola! resiste!)

Me gusta esa graciosa continencia!

Todo el hechizo del amor consiste
en gracia, seduccion y resistencia.

ULAD. (Qué language insolente y atrevido!)

CAM. (Vergüenza é indignacion en mi alma lidian!)

ROS. Ya veo que Teodora ha comprendido
que fáciles amores me fastidian,
y en vos me envia una virtud á prueba
que resiste al ataque dignamente. . . .

CAM. (¡No puedo dominarme!)

ROS. Hermosa Eva
con un velo en el rostro por serpiente.

ULAD. (¡Y tener que callarse!)

ROS. Señor Cura:

os advierto que vuestra compañera
seduce mi virtud con su hermosura,
y que vos respondeis de esta hechicera.

CAM. No es preciso, señor: Camila O'Gorman
responde de sí misma!

- ROS. Bien, mi bella!
¿A quién vuestras palabras no conforman?...
- ULAD. (Protéjela, Señor, vela por ella!)
- ROS. Pero hablad, seductora, qué os arredra?....
Solicitais acaso alguna cosa?....
Y bien, no tengo el corazón de piedra
para ninguna como vos hermosa.
Hablad, pues, y sereis obedecida.
- CAM. Vuestra gracia, señor, es lo que imploro;
la libertad de Lázaro, su vida!....
el perdón del amigo por quien lloro!
- ROS. ¿Y quién es ese Lázaro?
- CAM. Un hermano
mas que un amigo de la infancia mia,
que por no sé que detestable arcano
han llevado á una cárcel este dia.
Yo os puedo asegurar que es inocente....
- ROS. Lo veremos, hermosa, lo veremos!
- CAM. Os lo juro, señor: no es delincuente!
- ROS. Y entonces, qué dió márgen...?
- CAM. Los extremos
del celo policial, tal vez; alguna
mala interpretacion de los agentes,
ó delacion infame, ó inoportuna
pendencia por motivos diferentes....
- ROS. Bien! veremos, veremos el informe,
y despues... fallarán los tribunales.
- CAM. ¿Cómo queréis, señor, que me conforme
en mi demanda con palabras tales!....

Y qué! ¿no sois bastante poderoso
aquí, señor, como lo son los reyes?
¿De gracia no teneis el don precioso?
¿No sois restaurador de nuestras leyes?

(Animacion progresiva en Rosas.)

Los tribunales! . . . Ah! vos, que habeis dado
forma al gobierno y nombre á los anales,
para acordar la gracia á un desdichado
teneis que consultar los tribunales!

ROS. Bien, Camila, muy bien!

ULAD. (¡Cielos! ¿qué hace?)

CAM. Vos, á quien llaman Gran Americano
y que habeis todo cuanto haber os place
con indicarlo solo vuestra mano;
vos, á cuyo poder omnipotente
no han puesto restriccion los federales,
para dar libertad á un inocente
teneis que consultar los tribunales!

ROS. (¡Es ejemplar esta mujer! qué tono!
qué hechizo singular!) Bien, reina mia!
Sois á fe digna de ocupar un trono,
y si yo le tuviera os lo daría
Continuad, que me encanta vuestro acento.

CAM. Oh señor! perdonadme si atrevida
ha podido ofenderos un momento
mi torpe lengua con dolor movida!
Mas es tan bello perdonar, tan bello,
que si yo un trono, cual decís, hubiera
por solo el bien que reportara de ello
los mas graves delitos absolviera!

¿Qué son los himnos que triunfal entona
la bélica falange en pos la liza,
al lado del que escucha el que perdona,
himno de santa bendicion que hechiza!
¿Qué el júbilo que el héroe experimenta
cuando del campo de la gloria vuelve,
al lado del placer que se aposenta
en el pecho magnánimo que absuelve!....
Haced gracia, señor... La que os implora
esta pobre mujer os lo asegura!

ROS. (*Con entusiasmo:*)

Decid está mujer encantadora,
esta mujer....que adoro con locura! (*Al oído.*)

CAM. Señor.... (*Con un movimiento.*)

ULAD. (*¡Hay mas suplicio!*)

ROS. Señor cura,
tengo el honor de saludaros....

ULAD. (*Poniéndose de pié:*) (*¡Cielos!*)

CAM. Oh señor!.... permitidle.... (*Deteniéndolo.*)

ULAD. (*¡Qué tortura!*)

ROS. (*Hola!.... Si serán ciertos mis recelos....*)
Retiraos, yo lo ordeno.... (*A Uladislao*)

ULAD. (*¡No hay partido!*)

CAM. (*Con intencion y vehemencia:*)
Permaneced, Gutierrez, yo lo quiero!....

ROS. Bien, reina mia, bien!.... me habeis vencido
con ese tono regio y hechicero.

Es ley que os obedezca. . . me someto.

En cuanto á lo demas. . . despues, mas tarde.

CAM. Oh! no, señor: ahora!

ROS.

Yo os prometo: . . .

CAM.

¿Cómo queréis que en ansiedad aguarde? . . .

ROS.

Bien! es fuerza ceder. . .

(Se dirige á la mesa, toma papel y pluma y se dispone á escribir; mas se detiene repentinamente y esclama:)

Pero, qué olvido! . . .

(Da tres palmadas, é inmediatamente aparece Eusebio por la izquierda, saluda á los circunstantes con afectacion, y permanece de pié en actitud de ridícula gravedad é inquiriendo á Rosas con la vista.)

ESCENA IV.

DICHOS y EUSEBIO.

CLAD. (Miserable farsante!)

ROS. (*Present. a Eusebio*) Yo os presento á mi primer ministro, hombre instruido, de gran saber y erudicion portento.

(Eusebio se inclina. Rosas, dirigiéndose á él.)

Lumbrera esclarecida de mi Estado, profundo financista y consejero, oráculo infalible: os he llamado porque fallar en un asunto quiero. De vuestras luces el auxilio aguardo; Escuchadme y fallad:—La señorita Que delante teneis. . .

CLAD.

(¡Hombre bastardo!)

ROS. La gracia de un culpable solicita.
¿Qué debo responder? . . . Pensad!

(Escobio contempla algunos instantes á Camila. Luego dirige á Rosas una mirada significándole que desea el rostro de aquella, cubierto aun por el velo.)

Es justo.

Mi ministro, señora, me previene
que es necesario que le deis el gusto
de ver vuestro semblante. *(Camila se res.)*

ELAD. *(Dios condene
al miserable déspota que abusa
del poder que usurpó villanamente.)*

(Escobio mira á Rosas con aire compungido.)

ROS. ¿Qué quieres que yo haga, si rehusa
dejarnos ver su rostro la inclemente?

CAM. ¡Qué situación, Dios mio!

ROS. *(Dirigiéndose siempre á Eus.)* Es bien sensi
esa crueldad de que tambien me quejo. . . .
mas ya que de otro modo es imposible,
la pagaré, Escelencia, tu pellejo.

(Hace signo de degüello en su garganta: Escobio se enmoce y lanza á Camila una mirada suplicante.)

ELAD. ¡Qué cínica maldad!

CAM. *(¡Qué fiera inculta!)*

EUS. Piedad, por Dios! . . . *(En voz baja á Cam.)*

ROS. ¿Acabarás, bergante?

¿En dondo diablos haces tu consulta?

CAM. *(Suspendiendo rapidamente el velo.)*

Donde está la verdad. . . . en mi semblante

ROS. *(Es bella, vive Dios!)*

EUS. (Cielos! . . . Camila!)

ULAD. (Sabe Dios que funesto resultado. . . .)

ROS. (¡Qué hechizo el de su voz y su pupila!
Bien pronto será mía!) Has acabado?

(A Eusebio, que permanece absorto contemplando á Camila y se estremece al oír su voz.)

Ya ves. . . . la suplicante es bien hermosa.

¡Debo, pues, acceder á su reclamo,

ó castigar la falta sediciosa?

Y bien! respondes, animal, ó llamo?

(Se dirige á la mesa como para llamar.)

CAM Señor! (*En tono suplicante.*)

Rosas se contiene y mira siniestramente á Eusebio; esta manifiesta un gran terror y como que busca un medio para salir del apuro: óyense en esto los preludios de un arpa detras de bastidores, y entonces el bufon esclama con júbilo.)

EUS. Es ella! Manuelita! es ella!

Consultadla, señor! Tal es mi fallo.

CAM. Yo tambien os lo pido. En mi querella con vuestra hija mas conforme me hallo.

Consultadla, señor! Que ella decida de la suerte de Lázaro, si os place.

ROS. Bien, Camila: la gracia requerida irá á su decision. . . . me satisface.

(Llama: el edecán reaparece.)

A mi hija, que la espera una visita,

(Váse el Edecán)

Permitidme que os deje, aunque deploro. . . .

[*En voz baja á Camila:*]

Bien pronto aquí tendreis á Manuelita. . . .

pero pensad, Camila, que os adoro!

(Saluda con una leve inclinacion y se retira por la izquierda haciendo un signo á Eusebio, que le sigue. Al pasar este junto á Camila desliza á su oido estas palabras:)

EUS. Contad conmigo!

(En seguida, ábrese la puerta de la derecha y aparece Manuela acompañada por una amiga.)

ESCENA V.

CAMILA, ULADISLAO, MANUELA y una amiga.

MAN. (*Saludando:*) Señora. . . .

Caballero. . . . Es una amiga. . . .

(Presentando á esta.)

Tomad asiento. . . .

(A indicacion de Manuela, Camila se sienta á la izquierda en el sofa, aquella á su derecha, la amiga en seguida y Uladislao en último término al lado de esta.)

¿Y á qué

debo el honor?

CAM. Señorita,

tengo un amigo que sufre

el peso de una injusticia,

y. . . .

MAN. Vos venis á implorar (*Interrumpiéndola.*)

su gracia. . . . Ya lo sabia,

si no es mas que eso; mi padre
me ha puesto al cabo.

CAM. (Qué enigma?):

MAN. Y el señor? os acompaña
simplemente Háblale, amiga!

(Uladiaslav y la amiga de Manuela conversan entre sí.)

CAM. Es un jóven sacerdote
con quien sinceros me ligan
los vínculos de amistad
Mas, por piedad, señorita,
otorgadme aquea gracia!
Me consta que sois benigna,
y que es siempre en estos casos
vuestra intercesion propicia.

Sé que los que á vos acuden
y demandan vuestra egida
en bien de aquellos que sufren,
hallan en vos una amiga
siempre buena y complaciente,
filantrópica y solícita.
Sé, en fin, que sois en estremo
por vuestro padre querida,
su consuelo, su ángel bueno

MAN. (Y tambien cómplice indigna
de sus farsas detestables,
pese á mi estrella enemiga!)

CAM. Y bien, acedeis?

MAN. Sí, jóven:
ya está la órden espedida
y vuestro amigo á esta hora.

descansad, ya no peligrá.

CAM. Oh! gracias! . . . cuán buena sois! . . .

Permitid que agradezca

un ósculo cariñoso

en vuestras manos imprima. [Lo hace.]

MAN. Dejad . . . [Dios mio, á lo menos

estos momentos mitigan

mis continuos sufrimientos . . .

Gracias! . . .]

CAM. Que el cielo bendiga

esta mano generosa

que á los que sufren alivia! . . .

MAN. Bien, hija mia . . . y al par,

que vuestra suerte presida! . . .

Adios! [Se saludan.—A *Uladisluo*:]

Vos, señor, quedad . . .

tengo que hablaros . . . Juanita,

mañana nos volveremos

á ver . . .

(Se dan un beso, y váse esta por la derecha.)

ULAD. [Qué querrá?]

CAM. [*Indecisa*:] [Qué enigma . . .]

MAN. Señorita . . . [*Saludando de nuevo á Camila*]

CAM. Mas . . .

MAN. Escuso . . .

(Camila saluda y se retira pausadamente de modo que pueda presenciar el resto de la escena.)

ULAD. (Pero, á qué . . . ? Pobre Camila! . . .)

- Ros. (*Asomando la cabeza por la puerta de la izquierda:*)
Señor cura, en la parroquia
con urgencia os necesitan
para oír en confesion
á una beata contrita.
- MAN. Está bien, don Juan Manuel; (*Con disgusto.*)
tambien aquí le precisan.
- Ros. Y qué! os vais á confesar (*Con ironía.*)
por ventura, Manuelita? . . .
- MAN. Tal vez! . . .
- Ros Y con el señor. . . ?
Ja, ja, ja, ja! . . . me da risa?
(*Lanza á Uladislao una mirada terrible y cierra de nuevo la puerta*)
- CAM. No se por qué. . . mas vacilo [*Desde el fondo.*]
y siento el alma oprimida! . . .

ESCENA VI.

MANUELA, ULADISLAO.

(*Sentada la primera en la silla que ocupó su amiga; Uladislao á su lado.*)

- MAN. Habreis, señor, estrañado
sin duda el paso que doy:
pero á esplicároslo voy,
y vereis si bien he obrado.
- ULAD. Señorita. . . .
- MAN. Prevenir
he querido nuestro celo

de sus caprichos livianos
que con sacrílegas manos
estropea infame y vil!
El que me hace aparecer
ante la opinion del mundo
como un ser abyecto, inmundo!
sin dignidad de mujer! . . .
El que sin conciencia abusa
de mi femeníl flaqueza,
y por saciar su vileza
ni mi condicion escusa
El que lleva el anatema
del cielo en su frente escrito
y en su corazon maldito
un infierno que le quema.
El que evocan horfandad,
desolacion, sangre y luto
por doquiera . . . ;digno fruto
de ese gérmen de maldad!
El que, en fin, sin que le cuadre
más que epítetos sangrientos,
para colmo de tormentos
me arranca el nombre de padre!!!

(Oculta la cara en ambas manos, y llora.)

ULAD [Cielos! qué revelacion!]
Conformidad, Manuelita!
Sacrificios necesita
el eterno galardón
MAN. Oh! sí, yo los he sufrido
sin cesar y bien crüeles:

porque solo amargas hieles
desde la cuna he bebido!
¿Qué importa que me rodeen
placeres, magnificencia,
títulos, oro, opulencia,
ni régio innúmero tren:
si en medio á tanto esplendor,
aunque esté mi faz tranquila,
mi corazon aniquila
desgarrante torcedor!
¿Qué importa que en torno mio
me brinde fútil lisonja
con cuanto al orgullo esponja
y al mundanal desvario;
ni que el aroma respire
de incienso que siempre arde;
ni que adulacion cobarde
en carro triunfal me tire:
si de víctimas que caen
en esos mismos momentos,
los fatídicos lamentos
siempre las auras me traen!
Si los cadáveres frios
de los que el puñal derrumba
se levantan de la tumba
á turbar los sueños míos;
y su rostro macilento
fijando en mí de contino:
“¿Es tu padre mi asesino!”
murmuran con sordo acento!

Oh! la existencia me dió:
pero pagarse ha sabido,
porqué condenada he sido
á purgar sus culpas yo!
Y no le odio, sin embargo! . . .
el cielo es testigo de esto
pues si su maldad detesto,
que es mi padre me hago cargo!

(Oculta de nuevo el rostro entre las manos.)

ULAD. [Qué situacion! . . .] Señorita,
no debeis desesperar
El cielo sabrá premiar
finalmente vuestra cuita
Tened en él confianza,
y su escelsa voluntad
con entereza acatad
Todo al fin término alcanza!
Sois benéfica, piadosa,
dais consuelos al que llora
y otorgais al que la implora
vuestra intercesion valiosa.
Sois un ángel de bondad
que aliviáis la pena austera,
y bendicen por doquiera
la indigencia y la horfandad.
¿Por qué, pues, os abandona
la resignacion, por qué?
Oh! confiad! que Dios os vé,
y siempre el bien galardona.

MAN. Oh! sí, sí! . . . teneis razon:
debo sufrir y callar. . . .
hacer el bien, y esperar
con honda resignacion. .
Decís bien: en su bondad
el bálsamo del consuelo
me enviará tal vez el cielo. . . .
Oh! gracias! gracias!

Estrecha las manos de Uladislao en prueba de agradecimiento. En ese instante aparece Ganon en el fondo conduciendo á Camila en estrema turbacion, é indics á esta desde allí el grupo de Manuela y Uladislao con las manos enlazadas.—Durante el resto del cuadro, estos permanecen en esa actitud llena de uncion y dignidad.)

ESCENA VII.

DICHOS, GANON, CAMILA.

GAN. Mirad!

CAM. Cielos! . . . ella. . . .

(Oculta el rostro en las manos y queda como petrificada.)

GAN. Dudareis
de que se aman todavía?

Ya veis, pues, que no mentía. . . .

Y bien, Camila, cedéis? . . .

Dadme al fin una esperanza!

(Intenta tomarle la mano: Camila le rechaza con soberana indignacion.)

CAM. Qué pretendeis?

GAN.

Vuestro amor!

CAM.

Miserable! mi rencor!

(Lanza una mirada celosa hácia Uladislao y Manuela, y aléjase rápidamente por la galeria del fondo llevando las manos á la cara en actitud desesperada. Ganon la contempla con una expresion diabólica, y termina el cuadro con las siguientes palabras:)

GAN.

Bien! ya verás mi venganza!

(Cae el telon con rapidez.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO

Pequeño jardín en casa de Camila, terminando á la derecha por un muro algo bajo. A la izquierda un banco de mármol en una especie de glorietta donde aparecen sentados Lázaro y Camila, triste y pensativa la última.

ESCENA PRIMERA.

LÁZARO, CAMILA.

- LÁZ. Fué tal vez una ilusión
de tu espíritu, Camila.
- CAM. Oh! no, Lázaro: lo he visto
perfectamente tranquila.
Estaban allí los dos
con las manos estrechadas,
fijas recíprocamente
sus amorosas miradas!
- LÁZ. Pero muy bien pudo ser
otra causa la que hiciera
que por acaso los vieses
en esa actitud. . . .
- CAM. ¡Quimera!

Ademas, mira este pliego
que dentro de un libro hallé
sobre de la mesa, cuando
de Palermo regresé.

(Saca del seno un billete y lee:)

“Camila: Una persona que se interesa por vuestra suerte, os previene que Gutierrez os engaña en la afeccion que os ha jurado, pues ama á la hija del Gobernador y es por ella secretamente correspondido.”

Ya ves, Lázaro, concuerda
con la escena dolorosa
que me llena el corazon
de horrible duda. . . .

LÁZ. ¡Celosa!

¿Y no me has dicho que allí
te condujo un miserable
con mezquinas pretensiones?

CAM. Es verdad.

LÁZ, ¡Y no es probable

que ese infame sea el autor
de este anónimo billete
en que con pérfida intriga
á Uladislaio compromete?

CAM Es cierto! tal vez!

LÁZ. Entonces,

¿por qué te afectas así?

CAM. Es que yo misma lo he visto:
estaban juntos allí!

LÁZ. Vamos! pueril aprension!
Otro el motivo sería

Aturdimiento, tal vez....
Cuando mas, galantería.
Pero amor!... es insensato
pensar en ello no mas,
y sin fundadas razones
atormentándote estás.

CAM. Ah! pluguiera á Dios!....

LÁZ.

Escucha:

desecha ese pensamiento,
y pronto tendras la prueba
de su poco fundamento.
Esta noche, una reunion [Con sigilo]
de amigos tendrá lugar;
allí, entre los conjurados,
Gutierrez se debe hallar.
Irás conmigo.... ¿te place?....
reina serás del festin,
y verás desvanecidas
esas sospechas por fin. [Saca el reloj]
Son las seis, dentro dos horas
á buscarte volveré
con un carruage á esta casa.
¿Irás?....

CAM. Bien, Lázaro, iré!

LÁZ. Entonces, adios! Aun tengo
que ver á alguien.... Vuelvo en pos
á buscarte.... ¿Estarás pronta?

CAM. Sí.

LÁZ. Pues bien, adios!

CAM. Adios!

ESCENA II.

CAMILA.

¡Sosiégate, corazón!
Tal vez otra causa ha sido
la que á mi vista ha traído
esa funesta vision . . .
Sí! tal vez de una ilusion
he sido víctima allí,
cuando entrelazadas ví
las manos de entrámbos ¡cielos!
y el frenesí de los celos
apoderóse de mí.
Oh! qué horrible torcedor
el que desgarró mi seno
al apurar el veneno
de ese recóndito ardor!
Tempestades del amor
que desbaratan su calma
con fiero ímpetu, ay del alma
que en horrorosos desvelos
siente que arrancan los celos
de su ventura la palma!
Pero esa ciega pasion
que devorante me hostiga,
sin fundamento la abriga,
en verdad, mi corazón!

¿Qué motivo, qué razon
bastante sólida pudo
despertar su choque rudo,
mi confianza arrebatat? . . .
Mas, ah! . . . no puedo olvidar,
por mas que al olvido acudo! . . .
Engañarme él . . . imposible! . . .
Pero, qué pudo causar . . . ?
Oh! bien pronto he de aclarar
ese misterio terrible! . . .
Con qué júbilo indecible
esta noche le veré! . . .
Con cuánto gozo sabré
la causa de mi tormento,
y con qué deleitamiento
volverá á mi alma la fé! . . .

[Aparece Eusebio sobre el muro, arroja una escala al escenario y desciende por ella.]

Vamos! . . . [*Disponiéndose á salir.*]

ESCENA III.

CAMILA, EUSEBIO.

Eus. Esperad!
Cam. Eusebio! . . .
Eus. Sí, Eusebio que prometió
protejeros, pobre jóven,
y empieza á probároslo hoy.

Loco la gente me llama
y de Rosas vil bufon,
sin pensar que tras la máscara
de mi risible exterior
abrigo un alma tan bella
y tan sólida razon
como esos á quienes dádiva
de su gracia hiciera Dios.
Sin pensar que si me presto
á tan detestable rol,
sirviendo de vil payaso
al argentino Neron,
es porque temo cual todos
provocar su ira feroz
y pagar con mi cabeza
la inobediencia menor.
Sin pensar que si me presto
con imbécil sumision
á sus ridículas farsas
y obcenos caprichos.... oh!....
sufro como triste esclavo
de su látigo el rigor,
y ni quejarme me es dado
en mi sufrimiento atroz!
Sin pensar, en fin, que hundido
en la mas vil abyeccion,
pueda ocultar hondas penas
de mi pecho en lo interior;
y que al tirano execrable
que todos maldicen hoy,

como todos le abominan
le detesto tambien yo!

CAM. Pobre Eusebio, os compadezco!
comprendo la situacion
en que os hallais, y que digno
de otra muy distinta sois.

Pero qué os puede traer,
pobre amigo, á esta mansion?
Eus. Perdonad El sacerdote
que á Palermo fué con vos,
para que hoy os lo entregara,
este billete me dió
Tomad. (*Le dá un billete.*)

Segun he entendido
no tiene contestacion.

CAM. Veamos

Eus. Perdonad, señora,
que os deje, porque el temor
de que se note mi ausencia
no permite dilacion.

CAM. Gracias, pues, gracias, Eusebio!
y ojalá pudiera yo
probaros que vuestras cuitas
escitan mi compasion,
y que quisiera

Eus. Señora,
que os lo recompense Dios!
En cambio contad conmigo,
con este pobre bufon
que os admira y agradece

de ese infame corruptor!
Oh! tal vez con esa idea
el miserable otorgó
la gracia que á suplicarle
fuí á Palermo ¡Qué horror!
Pero, no! tal vez no pase
de una pueril aprension.
Sin embargo, será bueno
que precavida Mas, oh!
véamos lo que esta carta (*Lee para sí.*)
¡Cielos! ¿hay dicha mayor?
¡Desvanecida mi duda!
¡Es cierto, ó soñando estoy?
Oh! sí, te creo, Gutierrez!
No fué mas que una ilusion
de mi espíritu agitado
“ Con lágrimas de dolor (*En voz alta.*)
la adversidad de su suerte
la infeliz me confesó.
Traté de infundirla entonces
cristiana resignacion;
y ella, estrechando mis manos,
con enternecida voz—
Gracias!—dijo, y en sus ojos
santa entereza brilló.”
Oh! me ahoga la alegría!
¡Qué gratas, qué gratas son
las palabras que nos vuelven
la fé, de la duda en pos!
Me ama! no me engañaba!

Uladislao! . . . perdon
por las injustas sospechas
que mi cariño abrigó!
Perdóname! . . . y á tu lado
me verás ébria de amor
resarciendo mis angustias . . .
Oh! qué dicha! . . . loca estoy!
(Váse por la izquierda.)

ESCENA V.

Sala espléndidamente iluminada donde tiene lugar un banquete de conjurados. En el fondo, el escudo de armas argentino, y encima de él, el retrato de Rosas cubierto con un velo negro. A derecha é izquierda, comunicacion con aposentos interiores.

ULADISLAO, GÁNON, CONJURADOS,

Sentados al rededor de una gran mesa en que estará servido el banquete.—Criados de pié, &a. &a. El presidente de los conjurados ocupa el puesto principal; Uladislao y Ganon en primer término, en los extremos opuestos —Es de noche.

PRES. Ha llegado, señores, el instante de ocuparnos del monstruo . . . Alzad el velo!
(Un criado suspende el velo que cubre el retrato de Rosas.)
Delante de la imágen del tirano
que de la patria despedaza el seno,

estampando en su frente la ignominia,
doquier sembrando asolacion y duelo,
levantad vuestra voz, condignos hijos
de los que en Mayo libertad nos dieron!

ULAD. Señores, la hora apetecida, la hora
de la reparacion ya no está lejos;
y el déspota que insulta la grandeza,
las altas glorias de este heróico pueblo,
la escuchará vibrar en sus oidos
trémulo acaso de cobarde miedo.
Pero es preciso redoblar, señores,
en nuestra obra gigantesca el celo
patriótico que á todos nos anima,
y al mismo tiempo redoblar de esfuerzos.
Nuestros hermanos de provincia claman
por ayuda; carecen de elementos
para llevar á cabo sus tareas:
deber es pues, señores, atenderlos.
Los que trabajan por la misma causa
dentro los muros de Montevideo,
esa ciudad heróica que resiste
al dominio de Rosas con denuedo
y en incesante lucha encarnizada
cuenta cinco años de inmortal asedio,
reclaman igualmente nuestro auxilio,
exhaustos de recursos; y debemos
atencion preferente dedicarles,
suministrarles armas y dinero.

Todos Apoyado, apoyado!

ULAD.

Bien, señores!

Ademas, aquí mismo no tenemos bastantes afiliados; y es preciso que con tino, prudencia y gran empeño, tratemos de iniciar en nuestra causa á la enorme porcion de nuestro pueblo, que contra Rosas estallando en ira, busca de union un poderoso centro para lanzarse á derribar del mando á ese déspota vil que holla sus fueros.

Todos Sí, sí!

ULAD. Entónces, nombremos emisarios que con grande sigilo y digno celo se incumban consagrar á esta tarea sus nobles y patrióticos desvelos.

PRES. Y bien, señores: ha llegado el dia, ha llegado el instante en que debemos terminar nuestra obra, y dar al mundo de nuestra decision heróico ejemplo. El ámbito de tierra en que nacimos, la patria de Belgrano y de Moreno, cuna gloriosa del sublime Mayo, de libertad y de heroismo templo: ultrajada en sus glorias inmortales, pisoteados sus timbres y trofeos por la planta profana de un tirano que de su abismo vomitó el infierno, reclama nuestros brazos, nuestra sangre, y nuestra sangre y brazos le debemos! Librémosla del yugo que la oprime con el vigor total de nuestro aliento;

sacrifiquemos todo por su dicha:
fortunas, lares, bienestar, sosiego;
la libertad que le arrancó el tirano,
con denuedo y teson reconquistemos,
ó sucumbamos en la lid, mostrando
que somos dignos de su goce al menos!

(Entra Lázaro por la derecha conduciendo de brazo á Camila lujosamente vestida.)

ESCENA VI.

DICHOS, CAMILA, LÁZARO.

LÁZ. Señores, perdonad si mi tardanza
ha escedido esta noche á mi desco;
mas traer he querido en mi compañía
la amiga de mi infancia que os presento.

(Camila saluda: todos le contestan cortesmente.)

Es la jóven que os dije asistiría (Al Pres.)
conmigo á la reunion, y en cuyo seno
tambien palpita un corazon al nombre
de patria y libertad con sacro fuego.

PRES. [*Haciendo sentar á Camila á su derecha y
Lázaro á la de esta:*]

Honrada la reunion con la presencia
de esta hechicera jóven en extremo,
no debe profanarla ni la imágen
del cínico tirano.—Echad el velo!

(El criado cubre de nuevo con él el retrato de Rosas.)

- GAN. Cubierto el rostro de la infamia, es justo
señores, que por reina proclamemos
del festin la inocencia y hermosura
que en ese rostro resplandecen. (*Indic. á Cam.*)
- CAM. (Cielos!
Tambien este hombre aquí!)
- TODOS. (*Menos Ulad. y Lázaro:*) Sí, sí!
- GAN. Pues brindo
por la beldad, señores! (*Beben todos.*)
- LÁZ. (*Despues de breve pausa:*) Por el celo
de los bravos que buscan de la patria
la salvacion con indomable aliento! (*Idem.*)
- ULAD. Por la memoria eterna de los héroes
que nos dieron en Mayo digno ejemplo
de constancia y teson en los afanes,
y en la lucha, de impávido denuedo! (*Idem.*)
- PRES. Señores: por la union, por la concordia!
Porque solo con ellas lograremos
derrocar la sangrienta tiranía
siempre que enhieste su ominoso cuello! [*Idem.*]
(Presentando á Camila la copa é invitándola á brindar:)
Ahora, á vos, hermosa compatriota.
- TODOS. Sí, que brinde!
- CAM. Señores! [*Escusándose.*]
- PRES. [*Insistiendo:*] No hay remedio!
- CAM. [*Despues de un instante de recogimiento y
dirigiendo una mirada de inteligencia á
Uladislao:*]
Es una rosa: la beldad, que muere
ajada y mustia en el olvido luego.

Pero la flor divina, inmarcesible,
que engrandece y sublima los afectos,
es la fidelidad Por ella brindo!

TODOS Bravo, bravo!

PRES. Por ella beberemos! [*Lo hacen.*]

GAN. [No aparecen aun! . . . qué es lo que aguardan?
Temo que al fin]

LÁZ. Señores, os advierto
que nuestra reina de festín, Camila,
tiene una voz preciosa; y que podemos
dar á nuestra reunion, cantando el himno
presididos por ella, digno término.

CAM. Lázaro!

TODOS Sí, sí!

PRES. Yo uno, señorita,
al voto general mi humilde ruego
á fin de que accedais á la demanda
¿Nos dareis ese gusto?

CAM. (*En señal de asentimiento:*) Caballero

PRES. Bien, señores, de pié! (*Se paran todos.*)
Traed la bandera.

(Un criado pone el estandarte argentino en manos de Camila, que se dirige con él al proscenio. El presidente y Ganon se colocan á su izquierda; á su derecha Lázaro y Uladislao; los conjurados forman un semicírculo detras.)

Cuando gustéis, Camila, empezaremos..

(La orquesta ejecuta el himno argentino. Camila canta la estrofa que se pondrá á continuacion, y en seguida todos entonan el-coro.)

- CAM. “Oid, mortales, el grito sagrado
“Libertad, libertad, libertad!
“Oid el ruido de rotas cadenas,
“Ved en trono á la noble igualdad.
“Se levanta á la faz de la tierra
“Una nueva y gloriosa Nacion,
“Coronada su sien de laureles
“Y á sus plantas rendido un leon.
- TODOS “Sean eternos los laureles
“Que supimos conseguir;
“Coronados de gloria vivamos,
“O juremos con gloria morir.

(Inmediatamente se oye gran ruido detras de bastidores; ábreuse las puertas laterales con estrépito y una turba de esbirros de Rosas invade la escena; échanse sobre los conjurados con puñal en mano, matan á algunos de estos que se resisten con gritos de ¡traicion! y persiguen desapiadadamente á los que se ponen en fuga. Camila retrocede horrorizada, dá un grito y cae desmayada sobre un sofá. Durante esta horrorosa escena, Ganon responde á los clamores de los conjurados con diabólicas risotadas; despues, cruza los brazos, y con espresion infernal, se dirige lentamente hácia donde está Camila desmayada. En ese momento aparece Eusebio azorado, lo aparta bruscamente del lado de la jóven, toma á esta en sus brazos, y desaparece con ella velozmente.)

ESCENA VII.

GANON, CAMILA *desmayada*, EUSEBIO.

- GAN. Rechazaste mi amor con insolencia. . . .
Y bien! . . . ahora en mi poder te tengo!
- EUS. Aparta, aparta, miserable! . . . aparta!
- GAN. Me la roba el tirano! . . . ira del cielo!!!

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO

Aposento en Palermo. Puerta al fondo y laterales; á la derecha mesa con útiles de escribir; á la izquierda un sofá. El estado de las velas encendidas que habrá sobre la mesa, debe demostrar la hora avanzada de la noche.

ESCENA PRIMERA.

CAMILA, sentada al lado de la mesa apoyando el codo en ella y el rostro en la palma de la mano.

Dios mio! cuánto dilata
en aparecer la aurora,
y cuánto Eusebio demora
aumentando mi ansiedad!
Y no saber si Gutierrez
y Lázaro se han salvado
de los lazos que el malvado
tendió á su credulidad! . . .
Aun me estremece la idea
de aquella escena horrosa,
de la traicion alevosa
del miserable Ganon!

Quién dijera al ver la calma
de su hipócrita semblante
que en aquel solemne instante
realizaba una traicion! . . .
Oh! parece un sueño horrible
lo que me pasa, Dios mio!
un funesto desvarío
de mi agitada razon!
Yo en Palermo y á estas horas!
quizá en poder del tirano
y objeto del fuego insano
que arde en su vil corazon!
Esto es horrible! . . . y no obstante
es la realidad odiosa;
porque de no ¿qué otra cosa
pudo inducirle á mandar
que espiáran la morada
de mi padre, cual me ha dicho
el buen Eusebio? . . . ¿Un capricho? . . .
Oh! no hay márjen á dudar! (*Se pone de pié*)
El miserable pretende
seducirme . . . ¿cielo santo!
y no habrá ruegos ni llanto
que ablanden su corazon:
si es que corazon encierra
del tirano el pecho hueco,
donde solo encuentran eco
odio y vil prostitucion!
Cielos! . . . y yo entre las manos
del mas bárbaro de todos,

que con hipócritas modos
á la cumbre del poder
logró llegar, y mostrando
su instinto entónces, ferino,
de Calígula Argentino
el nombre odioso obtener!
Del que pretende de un pueblo
que hiciera de libre alarde,
hacer una grey cobarde,
reducirlo á esclavitud!
Del que se goza en los charcos
de sangre patria inocente,
del que persigue inclemente
la honradez y la virtud!
Mas oigo pasos ¡Dios mio!
Si será él! me estremezco!

(Abrese la puerta del foro y entra Eusebio por ella cautelosamente.)

ESCENA II.

CAMILA, EUSEBIO.

- CAM. Eusebio! gracias á Dios
EUS. Chit! silencio hablad mas quedo,
porque pueden escucharnos
del inmediato aposento.
CAM. Y Gutierrez? y mi amigo?
Hablad, hablad, por el cielo!
EUS. Se han salvado.

CAM. Ah! ya respiró!

Mas estan libres, Eusebio?

Eus. Sí: lograron evadirse
de la confusion en medio;
de hablar con el sacerdote
acabo en este momento.
Estaba muy alarmado
por vuestra suerte, creyendo
que hubieseis víctima sido
de aquella traicion; mas luego
que le saqué yo de dudas
alzó las manos al cielo,
y me dijo que vendria
acto continuo á Palermo
para hablar á Manuelita
y obtener por este medio
vuestra salvacion.

CAM. Oh! gracias,
una y mil veces, Eusebio!
Pero, y Lázaro?

Eus. Hacia Quilmes
se dirigió en el momento
de hablar conmigo y Gutierrez,
y de ponernos de acuerdo
para que allí os condujera
el sacerdote, tan luego
como escapar consiguieseis
á los lazos de Palermo.
Descansad.

CAM. Gracias, amigo!

Mas en verdad, no comprendo
por qué me habeis conducido
á este recinto funesto,
despues de haberme librado
de aquel peligro nó ménos
inminente. . . .

EUS. . . . Lo sabreis.

Ayer tarde, en el momento
de despedirme de vos,
y regresar á Palermo,
ví que estaba vuestra casa
vigilada; porque luego
que hube doblado la esquina
notar pude á poco trecho
de la puerta dos espías
de los del tirano. . . .

CAM. . . . ¡Cielos!

¿Y por qué no prevenirme?

EUS. Lo hiciera: mas el recelo
de que hubiese tambien sido
reconocido por ellos
y se malograra todo,
me hizo cambiar de proyecto.

CAM. Y bien. . . .

EUS. Seguí en apariencia
mi camino hácia Palermo;
pero al terminar la cuadra
de vuestra casa, detengo
el paso y tras de la esquina
me oculto y observo atento.

Ya el sol se habia ocultado
y solo alumbraba al suelo
la media luz del crepúsculo,
mi intencion favoreciendo.
Transcurrido habria una hora
en esta actitud, lo menos,
cuando pararse un carruaje
frente á vuestra puerta veo.
Cruzo á la acera de en frente,
y desde allí mas atento
observo lo que se pasa:
los espías en sus puestos
estaban firmes. Al poco
salir en compañía os veo
de Lázaro; en el carruaje
entrar ambos, y al momento
partir éste

CAM. Terminad

EUS. Entonces los dos sujetos
de Rosas que os espiaban,
pues ya no dudaba de ello,
montaron en sus caballos
y en direccion á Palermo
partió uno, mientras el otro
siguió el carruaje. Al momento
me persuadí que el tirano
meditaba algun proyecto
de raptó

CAM. ¡Infame! Acabad

EUS. Bien: sin pérdida de tiempo,

no pudiendo acompañaros,
me dirigí hácia Palermo.
Al llegar á la alameda,
alcanzóme el mensajero
que habia seguido el carruaje,
sin duda ya de regreso.
Pasóme, y poco despues
llegué yo aquí. Ya era tiempo:
el tirano me llamaba.
Me dirigí à su aposento,
y recibí de sus labios
esta órden: “Ya dispuesto
“te está esperando un carruaje
“á las puertas de Palermo: .
“sube en él; en su custodia
“irán diez escopeteros.
“Luego que hubiere llegado
“á su destino, te advierto
“que notarás gran barullo. . . .
“No te perturbes por eso: .
“son salvages unitarios
“que caen en la red. . . . Entre ellos
“se halla la jóven que vino
“esta mañana á Palermo.
“Entras: por bien ó á la fuerza
“de esa jóven te haces dueño;
“vuelves con ella al carruaje,
“y me la tracs al momento.
“¿Has entendido? . . . Pues vete!
“¡Cuidado con tu pescuezo!”

CAM. Oh!

EUS. Ya veis me era imposible.
dejar de dar cumplimiento
á esta órden rigurosa
Ademas, de ida y regreso
fué el carruaje custodiado
por esbirros

CAM. Ya comprendo!

EUS. Bien: os hallé desmayada,
y á vuestro lado á ese perro
de Andrés Gánon, que os miraba
con ojos de lobo hambriento

CAM. Miserable!

EUS. Por fortuna
llegaba yo muy á tiempo,
para que el gran bribonazo
realizára sus proyectos.
Os tomé, pues, en mis brazos,
y dejando á aquel perverso
con un palmo de narices,
os transporté en un momento
al carruaje, que partiera
como una centella luego.—
Aquí teneis esplicada
mi conducta, que por cierto
no estaba con mis promesas
de proteccion muy de acuerdo.

CAM. Buen amigo!

EUS. Mas no importa;
ya veis que no pierdo tiempo

á fin de frustrar los planes
del tirano, y mereceros
la libertad. . . .

CAM. Sí, sí. . . gracias!

Mas decidme, ¿no habria medio
de huir de aquí ahora mismo,
antes que el raptor perverso
se presentára á mi vista? . . .

EUS. Ya os lo he dicho, ningun medio.

Desde que entrasteis aquí
estais rodeada, creedlo,
de centinelas y espías
que el mismo Rosas ha puesto
en todos los corredores.

CAM. Dios mio! . . . entónces, qué haremos?

EUS. Esperar á que Gutierrez
llegue. . . Pero ahora me acuerdo
que debo de ir á esperarle
para introducirlo luego
al lado de Manuelita. . . .

CAM. Sí, sin pérdida de tiempo!

EUS. Bien, adios! . . . y ánimo, siempre
que se presente el momento
de miraros cara á cara
con el seductor perverso!

CAM. No me faltará. . . confío
en Dios, á mas. . . . Hasta luego!

ESCENA III.

CAMILA.

Dios mio, cuánta zozobra
ha turbado hoy en mi pecho
la deliciosa quietud
que saboreaba contento!
Cuánto suceso imprevisto,
cuánta intriga, cuánto enredo
se ha fraguado en torno mio
en tan limitado tiempo,
siendo de todo la víctima,
de todo pábulo, objeto!
Si no parece que fuera
mas que el efecto de un sueño!
En fin, estoy mas tranquila.
Gutierrez, segun Eusebio,
y Lázaro se han salvado
Lado sea Dios por ello!
Digno siempre del cariño
que le tributo, el primero
volará en mi salvacion;
el segundo, noble ejemplo
de amistad, ya me prepara
de seguridad el puerto
para eludir la avaricia
de este lobo carnicero.

Oh! no flaqueará ninguno
en su propósitocierto!
porque los dos rivalizan
en actividad y celo
cuando de llenar se trata
mi mas mínimo deseo.

(Se sienta al lado de la mesa.)

¡Cómo siento fatigados
mi pobre espíritu y cuerpo
con el arribo importuno
de tanto y tanto suceso!

(Apoya el codo en la mesa y la cabeza en la mano.)

Siento débil la cabeza
y entorpecidos los miembros
por un peso irresistible
Parece que tengo sueño

(Levantándose sobresaltada.)

Dios mio!dormirme aquí,
en este sitio funesto!
Oh! notendré buen cuidado
de estar despiertaNo puedo
tenerme en pié

(Vuelve á tomar la actitud anterior.)

Ya no debe
domorar Gutierrez, creó.

(El sueño la va venciendo poco á poco hasta dejarla completamente dormida con un semblante risueño.)

Qué dicha!verme por él
salvada del grande riesgo
que corro aquí!cuánto le amo!

con qué amor! . . . con cuánto fuego
de religion y ternura! . . .
Y él . . . qué noble! . . . qué modelo
de resignacion! . . . qué mártir! . . .
Y qué adoracion . . . qué afecto
brilla en sus rasgados ojos . . .
tan simpáticos . . . tan bellos! . . .
Sí . . . son mias . . . sus miradas . . .
qué dicha! . . . su pensamiento!

(La escena permanece algunos segundos en silencio; después ábrese vagarosamente la puerta de la izquierda, dando paso á Rosas que entra cautelosamente, se aproxima á Camila dormida y la contempla edificado.)

ESCENA IV.

CAMILA, ROSAS.

Ros. Hola! duerme . . . Bien. ¡Qué linda!
¡Cuánto atractivo atesora!
¡Qué sonrisa seductora
la de sus labios de guinda! . . .
Pensaba tal vez en mí,
ó á lo menos preveía
con sutil coquetería
que yo la encontraría así.
¡Ved lo que son las mujeres! . . .
Con solo un gesto travieso,
nos hacen perder el seso
á los graves caracteres! . . .

Oh! lo que inventa su ciencia
si notan que las amamos!
Y despues quieren que scámos
modelos de continencia!
¿Quién resiste á tanto hechizo?
¡Qué pié, qué mano, qué boca,
qué talle! ¡Cómo provoca
su seno blanco y rollizo!
Oh! bien pronto seran mios
todos, todos sus encantos,
que no me causan espantos
su altivez ni sus desvios.
Empecemos por hacer
lo de todo buen cupido. . . .
Ea! póstrate rendido,
gran coloso, á una mujer.

(Hinea una rodilla en tierra y besa la mano de Camila:
esta despiértase sobresaltada, y al ver á Rosas en aque-
lla actitud, retrocede exclamando:)

CAM. Cielos! . . . Vos, señor! ¿Qué haccis?

ROS. (*Levantándose y con flegma:*)

Nada. . . . adoraros, Camila.

¿No es así como se estila?

CAM. ¡Qué infamia! ¡Y os atreveis
á abusar de quien reposa
para un acto tan villano?

ROS. La culpa es de vuestra mano,
tan pequeña, tan hermosa!
Pero no deis importancia
á proceder tan sencillo

- pues ya veis como me humillo
delante de esa arrogancia.
- CAM. (¡Qué descaró!) Y bien, señor!
¿No sabriais explicarme
qué os indujo á arrebatarme . . . ?
- ROS. ¿Qué? . . . Pues claro está: mi amor.
- CAM. Vuestro amor . . . ¡pobre mentira!
El amor es sentimiento
que rinde otro acatamiento
al objeto que lo inspira!
- ROS. Docta sois en la materia,
ó al ménos lo simulais . . .
Mas hoy os equivocais,
porque la cuestion es séria.
Os lo dije esta mañana
y os lo repito ahora aquí:
Os amo! . . . os adoro, sí,
con una pasion . . .
- CAM. ¡Insana!
- ROS. ¿No es esto?
- ROS. ¿Os burlais, Camila?
- CAM. Oh! no, señor: os comprendo! . . .
¿No lo estoy yo misma viendo? . . .
¿Quién en creeris vacila? . . .
A implorar vuestro perdon
por un pobre desgraciado
que habíais encarcelado,
vine hoy á aquesta mansion.
Me visteis á vuestros piés;
y entónces, como habeis dicho,

se os ocurrió ese capricho,
esa pasión . . . de entremes.

Ros. Señorita! . . .

CAM. Oh! permitid . . .

Llevar quisisteis á cabo
vuestra aventura; y alabo
la destreza y el ardid
con que hicisteis espíar
de mis padres la morada,
para ser arrebatada
bruscamente de su hogar!
Así sucedió, señor;
y conducirme habeis hecho
por violencia á vuestro techo . . .
¿No es esto tenerme amor?....(*Con ironía.*)

Ros. (*Con ira reconcentrada:*)
Basta! . . . callad, imprudente! . . .
¿Ignorais que si quisiera
purgar ahora mismo hiciera
vuestra osadía insolente? . . .

CAG. Oh! saciad vuestro furor
en una débil criatura,
que es muy digna tal bravura
de todo un restaurador!
Consumad vuestra proeza,
violentando á una mugér
que no tiene mas poder
que el poder de su pureza! . . .

Ros. (*Es inútil: de este modo (Reportándose.)*
nada consigo . . .)

CAM.

(Vacila. . . .)

ROS.

(Con hipócrita humildad:)

Bien: perdonadme, Camila!

Ya lo veis. . . . paso por todo.

Y á fé que me calumniais

juzgando mero capricho

el afecto que os he dicho,

Camila, que me inspirais.

¿Creeis por ventura que aquí (*Señ. el pecho*)

no hay tambien un corazon

que pueda de honda pasion

conocer el frenesí?

¿Acaso no soy un hombre

como todos los demas,

para que mi amor veraz

de esa manera os asombre?.

Ah! si supierais, Camila,

lo que sufro en mi aislamiento!

si supierais el tormento

que mi existencia aniquila!

Si supierais que apesar

de todo el poder que abrazo,

no tengo un dulce regazo

donde mi frente posar;

donde templar las fatigas

de mi patriótico celo,

donde libar el consuelo

en frases tiernas, amigas!

Que todos huyen de mí

como de un ser reprobado,

sin comprender—¡desdichado!—
que hay algo de bueno aquí.... (*Señ. el cor.*)
Oh! tal vez, Camila, entonces
piedad por mí sentiríais....
tal vez, sí, comprenderíais
que tras mi exterior de bronce
hay un corazón que llora
con la flaqueza de un niño,
capaz de todo cariño
que en pecho sensible mora.....
¿Lo dudais?....

CAM. Yo?.... Nada dudo....

Podeis, señor, continuar.

ROS (*Está dura de pelar!....*)

CAM. (*Así su violencia eludo.*)

(*Toma asiento al lado de la mesa, apoya el codo en esta
y la cabeza en la mano.*)

ROS. Y bien, dudais todavía
que os adoro con locura,
que en vos mi pecho procura
su anhelada simpatía?....
¿Por qué rechazar mi amor,
cuando es verdadero, inmenso;
cuando con él daros pienso
de una reina el esplendor?....

(*Camila hace un movimiento desdeñoso.*)

CAM. (*Dios mio! y nadie aparece
en mi salvacion aun!....*)

ROS. (*O soy un trozo de atun,
ó la hermosa se entornece.*)

Sí, Camila, vos sereis
como una reina querida,
y trascurrir vuestra vida
entre delicias vereis.
Todo cuanto apeteciera
vuestra ambicion ó deseo,
todo cuanto el devaneo
de la ilusion os suguiera:
realizado aquí vereis
por mi amor, de tal manera
que deliciosa quimera
vuestra ventura creereis.
Rodeada de inmensa corte,
de esplendor, riqueza y galas;
descollareis en mis salas
con vuestro arrogante porte;
y doblarán la cerviz
hermosas y cortesanos
para saludar ufanos
á mi bella emperatriz
¿Hesitais? . . . Pero, os comprendo,
penetro en vuestro interior
Al brindaros este amor
sin duda os estais diciendo:
“Yo bien quisiera beber
en la copa deliciosa
esa embriaguez voluptuosa
del amor y del poder;
pero este goce que ansío,
esta dicha verdadera

solo obtenerla pudiera
á costa del honor mio”

(Camila hace de nuevo un gesto de soberano desden.)

Oh! por mas que protesteis
con vuestros gestos, señora,
tal es vuestra mente ahora
la interpreto . . . ya lo veis.
Y bien . . . respeto el candor
que os dicta tal resistencia;
jamás será por violencia
que merezca vuestro amor.
¿Quereis el secreto? . . . Bien!
Prometo mas todavía:
y és decir, hermosa mía,
que me tratais con desden.
Así la voz ahogaremos
de la ruin maledicencia,
y deliciosa existencia
ámbos á dos gozaremos.
Así de esa sociedad
hipócrita, torpe y rancia,
la estúpida vigilancia
burlaremos . . . ¿no es verdad?
¿Qué mas quereis? . . . Mi ternura
nada rehusaros podría,
y en complaceros tendria
cifrada yo mi ventura.

(Hunca en tierra una rodilla, y dirigiendo ambas manos
hácia Camila en ademan suplicante:)

Oh! ceded por fin, Camila!
tened de mi amor clemencia!
porque vuestra resistencia
mi corazon aniquila!
Decid que sois mia!

CAM. (*Poniéndose de pié:*) Señor,
es inútil, ya os lo he dicho:
jamás cederé á un capricho
ni un átomo de mi honor!

ROS. (*Levantándose y con ímpetu:*)
Pues bien, basta de rogar!
Sereis por la fuerza mia!

CAM. Qué! ¿tendreis la villanía
de atreveros á ultrajar?

ROS. ¡Já, já, já! ¿vuestra pureza?
Es una fútil muralla
para el afan que batalla
dentro de mí con fiereza!

¿Sabeis vos lo que es amar
con todo el ardor con que amo,
para que así mi reclamo
no hesiteis en desdeñar?
¿Ignorais que en mi poder
estais? que lo puedo todo,
y que de uno ú otro modo
por fin mia habeis de ser?

CAM. Oh! no, señor, no lo ignoro! . . .
Mas, con mas poder que vos,
no olvideis que existe un Dios
cuya proteccion imploro!

- ROS.** Un Dios, decís?... pues veámos
quien de los dos puede mas....
(Coje las manos de Camila, que le resiste con energía, y la
hace ir tambaleando en direccion al sofá.)
- CAM.** ¡Socorro!
- ROS.** No le tendras,
porque solos nos hallamos!....
- CAM.** ¡Piedad, señor, compasion!....
- ROS.** No!....no!....
- CAM.** (*Cayendo desvanecida sobre el sofá:*)
Mi fuerza vacila....
- ROS.** (*Con diabólica espresion, dando un paso
atras y cruzando los brazos sobre el
pecho:*)
Al fin eres mia! . . .
(Abrese la puerta de la derecha y aparecen en su dintel
Manuela y Uladislao.)

ESCENA V.

DICHOS, MANUELA, ULADISLAO.

- ULAD.** ¡Camila!....
- MAN.** Don Juan Manuel! . . .
- ROS.** (*¡Maldicion!*)

(Uladislao toma á Camila en sus brazos y desaparece con
ella por donde entrara. Manuela permanece entre tanto
mirando á Rosas con espresion de soberano reproche,
y éste como corrido y rechinando los dientes. Caen el
telon con rapidez.)

FIN DEL CUADRO CUARTO.

CUADRO QUINTO

Modesta habitacion de Camila y Uladislao en Goya. Puerta exterior al fondo, interior á la izquierda, y ventana mirando á la calle á la derecha. Mesa con recado de escribir &c. &c.

ESCENA PRIMERA.

CAMILA, *escribiendo.*

Hé aquí por fin terminadas
mis *memorias* hasta el día.
Ellas seran, me prometo,
la solucion del enigma
que ignora la sociedad
con mi conducta ofendida.
¡Huir con un sacerdote,
abandonar su familia
por un amor insensato,
por una pasion ilícita
que la sociedad reprueba
y la iglesia estigmatiza!

He aquí lo único que saben
aquellos que me denigran,
sin pensar que hay otra causa
que en algo mi culpa alivia:
Rosas! ese monstruo odioso
de maldad y de lascivia
que levantó su cabeza
como una sierpe maligna
para hacerme á un precipicio
arrojar despavorida! . . .
Ocho meses hace ya
que la intercesion divina
me hizo escapar por milagro
á su infernal avaricia.
Solo un medio me quedaba
para librarme de su ira,
y evitar que fuera al cabo
de su insano fuego víctima:
la fuga! . . . En mi exaltacion,
todo aquello que tendía
á eliminar los excesos
de aquella pasion indigna,
era lógico, era santo,
lícito me parecía . . .
Ademas, Uladislao,
por su intercesion propicia,
en igual caso se hallaba
que yo, respecto á la ira
del déspota de Palermo . . .
La desgracia nos unía.

De Lázaro el padre anciano,
á cuyo hogar conducida
fuí por Gutierrez, bendijo
nuestras nupcias.—La partida
se efectuó inmediatamente;
y hoy nuestra vida tranquila
resbala lejos del monstruo
cuyas terribles pesquias
con nombre y patria supuestos
burlamos.—Súbia y benigna
la providencia ha querido
poner colmo á nuestra dicha,
dando á nuestro amor el fruto
que en mis entrañas palpita.
Oh! sin duda nuestra estrella
trocó su luz enemiga,
y de hoy mas con dulce brillo
alumbrará nuestra vida.
Tal vez un dia el Vicario
del Dios clemente bendiga
la union de dos almas nobles
que el infortunio asimila.
Tal vez, cuando se descorra
el velo que ahora cobija
los sucesos de Palermo,
de Rosas la vil intriga:
rehabilitada á los ojos
del mundo que hoy me denigra,
logre volver á los lares
por que mi pecho suspira.

— 65 —

¡Con cuánto júbilo entonces
resbalarán nuestros días
entre las dulces faenas
de la existencia en familia;
con el amor de Gutierrez
y la inapreciable estima
de los seres que mimaron
con su amor la infancia mía!
(Entra Uladislao por la izquierda.)

ESCENA II.

CAMILA, ULADISLAO.

ULAD. Camila.....

CAM. Amigo mio.....

ULAD. Tan temprano
y trabajando ya?.....

CAM. Sí, terminaba
la historia de mis tristes infortunios.....
A propósito: sabes que acosada
por un sueño horroroso he sido anoche,
cuyo recuerdo me atribula el alma?.....

ULAD. ¿De veras? ... Pues veamos.

CAM. Fué sin duda
consecuencia de hallarme preocupada
con los recuerdos tristes del pasado
que al trazar mis *memorias* evocaba.
Lo cierto es que á mi mente se agolparon
sus odiosos y fúnebres fantasmas,

¿ que aun ahora al recordar tal sueño
siento llenarse de terror el alma! . . .

Escucha:—Era un oscuro calabozo
donde apenas la lumbre penetraba;
húmedo, frio, fétido y estrecho,
cueva mas bien de fieras alimañas.

Sepultados en él. . . . no sé el motivo. . . . :
nos hallábamos ámbos en compañía
de Lázaro, mi padre, Eusebio y Gánon,
rehabilitado ya de sus infancias.

Un pedazo de carne corrompida
y un tiesto lleno de insalubre agua,
al traves de la reja, un carcelero,
por total de alimento nos echaba.

Cuatro dias llevábamos de cárcel;
y el hambre, el frio, la humedad, los miasmas
que se exhalaban de aquel antro inmundo
nos hacian penar, nos sofocaban!

Era una muerte atroz la que á aquel paso
nos estaba sin duda reservada;
así, que resolvimos suicidarnos
para evitar aquella muerte á pausas.

En un rincon del negro calabozo
Lázaro un hierro por acaso hallára:

uno con él los otros heriría

y por fin à sí mismo. Tú, mi alma,
fuistes electo para rol tan triste

y yo la primer víctima. Con rara
conformidad présteme al sacrificio,

entereza que tú participabas.

En el momento de clavar el hierro
en mi pecho febril, con mano rápida
Eusebio suspendió la tuya críspida,
y con solemne voz te dijo: “¡Aguarda!
¿Por qué servirnos no podrá ese hierro
para lograr la libertad ansiada?”

Y sin mas esperar, mientras que todos
clavábamos en él torvas miradas,
lo tomó de tus manos y se puso
à horadar de la càrcel la muralla.

Bien pronto paso nos cedió; y entónces
à salir empezamos, con el alma
henchida de plàcer. Ya los primeros
la luz y el aire libre saludaban
con gritos de frenética alegría.

Yo, que en último término marchaba,
estaba á punto de reunirme á ellos,
cuando siento cogerme por la espalda
y arrastrarme de nuevo al calabozo
al compas de infernales carcajadas!

Transida de pavor, vuelvo los ojos
y á la pàlida luz que me cercaba
reconozco las lívidas facciones
del miserable Gánon! Azorada,
despierto entónces del horrible sueño,
cubierta de sudor, jadeante y pàlida!

ULAD. Tranquilízate, amiga ya lo has dicho:
la causa de ese sueño son las páginas
que has estado escribiendo.

CAM.

No lo dudo:

pero estoy en verdad tan preocupada
con esa pesadilla, que hasta temo
que llegue á ser presentimiento. . . .

ULAD. (*Interrumpiéndola con dulzura:*) Calla!

Pueriles aprensiones, mi Camila,
que tu agitado pensamiento asaltan!

CAM. Oh! no, Gutierrez. . . . Yo no sé, mas creo
que en Goya provocamos la acechanza
de nuestros enemigos . . . Y quién sabe
si el mismo Gánon su tenaz pisada
no trae à este lugar, y vengativo
el velo á nuestro anónimo levanta!

ULAD. No lo esperes. . . .

CAM. ¡Quién sabe!

ULA Tranquilízate,

que pronto te verás libre de alarmas.

Lázaro, de su viaje á Buenos Aires,

regresará tal vez hoy ó mañana:

con su amistad y auxilio trataremos

de realizar al punto la mudanza

de nuestro domicilio; dejaremos

los dominios de Rosas, y en las alas

de rápido bajel arribaremos

à la otra orilla del gigante Plata.

Allí hay un pueblo valeroso, digno

del pabellon que con orgullo enasta

y cuyos puros célicos colores

no logra oscurecer la roja flámula.

Un pueblo en cuyos ángulos se agita

de libertad la prepotente causa,

y en cuyo seno el mártir argentino encuentra una acogida hospitalaria. Allí iremos, Camila.

CAM. (*Con alegría:*) Sí, allí iremos! . . .
y al divisar las orientales playas ya no verás, Gutierrez, en mi frente surgir la huella de interior alarma. Allí iremos! . . . y oscuros, y felices, resbalará nuestra existencia en alas de una dicha sin fin, de una ventura que no comprenden las vulgares almas! . . . Mas, pronto! ¿no es verdad?

ULAD. Te lo prometo;
en cuanto llegue Torrecilla.

CAM. ¡Gracias!

ULAD. (*Mirando al reloj:*)
Bien, Camila; te dejo: son las ocho, y ya mis atenciones me reclaman. Hasta luego! (*La besa la mano y váse por el fondo*)

CAM. Hasta luego! . . .

ESCENA III.

CAMILA:

¡Cuán bondoso, mi pobre Uladislao! . . . En vano trata, por no aumentar las mias, de ocultarme las hondas penas que torturan su alma;

porque nublar su diáfana pupila
he sorprendido á veces ya una lágrima,
ya un triste pensamiento que revela
todo el afan que en su interior batalla....
¡Dejar en Buenos Aires el renombre
de un seductor á sus deberes tráfuga,
por salvarme del lazo ignominioso
en que prenderme el déspota trataba!
él....tan celoso en sus funciones místicas,
tan penetrado de la unción cristiana!....
Debe haber carecido mucha suma
de abnegacion para arrostrar la infamia
en cambio de mi amor; mucho cariño
para abrazar por él mi suerte infausta!....

(Se dirige á la ventana y mira hácia fuera.)

Oh! yo sabré, mi bien, recompensarte
con toda una existencia consagrada
á embriagarte de amor....

(Retrocediendo horrorizada:)

¡Cielos!....qué veo!....
Gánon!....es él....la vista no me engaña!....
Desdichada de mí! . . . me ha descubierto! . . .
Sí, no hay duda, me ha visto!....¡Qué mirada!
Y Uladislao . . . Dios mio, estoy perdida! . . .
Ay! huyamos, huyamos de esta casa! . . .

ESCENA IV.

CAMILA, LÁZARO.

LÁZ. Camila!

CAM. Lázaro! Dime,
¿es realidad ó es un sueño
la horrible vision que acabo
de ver? ese hombre funesto
cuya presencia me anuncia
nuevos afanes. . . .

LÁZ. Sí. . . .

CAM. ¡Cielos! .
Y cómo? también le has visto?

LÁZ. Por desgracia compañero
de viaje ha sido. . . . Mas cálmate!
que evitaremos con tiempo. . . .

CAM. ¡Cómo evitar, si me ha visto
estando allí, hace un momento!

LÁZ. ¡Cómo!

CAM. ¡Qué va á ser de mí,
qué de Gutierrez! Corriendo
vé, Lázaro, á prevenirle
de este incidente funesto!

LÁZ. Y qué! no está en casa?

CAM. No,
ha salido; en el colegio
que dirige le hallarás. . . .
Pero corre, por el cielo!

LÁZ. Voy . . . entre tanto, Camila,
ve de todo disponerlo
para partir al instante

CAM. Oh! sin pérdida de tiempo!

(Vase Lázaro por el foro y Camila por la izquierda, habiendo antes tomado el manuscrito de sobre la mesa.—Poco despues entra Gánon cautelosamente.)

ESCENA V.

GÁNON.

No hay duda, aquí es donde vive

¡Gracias á Dios que la encuentro!

¡Hola! aquí están sus retratos

(Fijándose en dos el daguerreotipo que habrá sobre la mesa.)

¡Oh! qué dicha experimento!

(Con siniestra espresion.—Vase.)

ESCENA VI.

LÁZARO, ULADISLAO.

LÁZ. No hay remedio, Gutierrez, es preciso abandonar al punto esta morada.

ULAD. Pero, crees que el infame la haya visto?

LÁZ. Es muy probable, pues Camila estaba en aquella ventana cuando dice que le vió dirigiendo una mirada aterradora hácia ella.

ULAD. En ese caso
no hay que perder un solo instante.

LÁZ. Acaba
de preparar la fuga, que yo en tanto
voy á tratar de disponer la lancha
que á bordo nos conduzca de algun baque
en donde esteis seguros.

ULAD. Sin tardanza!
porque puede muy bien el miserable
habernos delatado, y á esta casa
sus pasos dirigir.

LÁZ. Sí, pronto vuelvo.

ESCENA VII.

ULADISLAO.

Cielos! . . . cuán léjos de pensar estaba .
que el sueño de Camila presintiera
de ese hombre alve la presencia infausta!
Pobre Camila! . . . cuántos 'sinsabores
la reservaba aún la negra taza
de la fatalidad! . . . cuánta zozobra
aún debic perturbar su calma! . . .
Mas aquí se dirige . . . procuremos
no aumentar su afliccion . . . ;

ESCENA VIII.

CAMILA, ULADISLAO.

- CAM. Oh! te esperaba
con ansiedad, Gutierrez!
- ULAD. Alma mia!
- CAM. ¿Conoces ya el peligro que amenaza
nuestra tranquilidad?
- ULAD. Sí, pero calmate!
- CAM. ¡Que me calme, gran Dios! mas tú no alcanzas
la iniquidad diabólica de ese hombre
que me persigue con atroz venganza!
¿No sabes que es capaz de descubrirnos,
que tal vez ahora mismo nos delata? . . .
Y quieres que me calme!....Ah! no, Gutierrez!
huyamos al instante de esta casa!
- ULAD. Sí, Camila, lo haremos: solo aguardo
de Lázaro el regreso.
- CAM. ¿Dónde se halla?
- ULAD. A disponer los medios de embarcarnos
ha marchado há un instante.
- CAM. ¿Mas si tarda
en regresar y somos sorprendidos? . . .
- ULAD. No puede demorar.
- CAM. Oh! me presájia
no sé qué el corazon en sus latidos
que me ahoga la voz en la garganta!
- ULAD. Tranquilízate, amiga!

CAM. No! salgamos
al encuentro de Lázaro! . . . Me mata
la idea de que Gánon nos sorprenda
y lleve á cabo su feroz venganza!

ULAD. Bien, partamos!

CAM. Partamos!

(Se pone una manteleta y el sombrero, que estarán sobre una silla, y se dispone á salir por el fondo, del brazo de Uladislao. En el momento de pisar en el umbral, retroceden ambos despavoridos, llevando la primera las manos á la cara.)

Ah! . . .

ULAD. Dios mio! . . .
es imposible ya! . . . Suerte tirana! . . .

(Entra un oficial seguido de algunos soldados armados de Gánon, que permanece embozado detras de estos hasta ocasion oportuna.)

ESCENA IX.

DICHOS, GANON, UN OFICIAL, *Soldados.*

OFIC. Uladislao Gutierrez. . .

Camila O'Gorman. . . .

CAM. (*Recobrando su presencia de espíritu*)

Aquí, señor, no viven
esas personas.

OFIC. (*Mirando alternativamente á un papel que
trae en la mano, á Camila y Uladislao:*)

Es escusado:
la afiliacion responde
que no me engaño.

- ULAD. (Cielos! no hay esperanza!
somos perdidos! . . .)
- CAM. (El Judas detestable
nos ha vendido!)
- OFIC. Triste es mi encargo,
mas debo conducir
presos á entrámbos.
- CAM. ¡Y quién os asegura
que no hay equívoco. . . ?
- GAN. (*Avanzando y descubriéndose:*)
Yo, Camila, lo atesto!
- ULAD. (Gánon!)
- CAM. (Dios mio!)
- GAN. (*Aparte á Camila:*)
¿Quieres salvarte?
Pronuncia una palabra
- CAM. ¡Aparta, infame!
- OFIC. Y bien, señores, vamos?
- CAM. (*Después de haber hesitado un momento:*)
Vamos, Gutierrez!
Sufram los rigores
de nuestra suerte!
Ah! no desmayes:
que al fin logran premio
tantos azares!
(Dirigiéndose á Gánon:)
Y tú, víbora humana
llena de encono:
gózate en tu venganza,
gózate en tu odio!

¡Dura pantera,
delator miserable,
maldito seas! . . .

Toma el brazo de Uladislao y salen ambos seguidos del oficial y soldados.

Cae el telón.

FIN DEL CUADRO QUINTO.



CUADRO SEXTO

Interior de] un calabozo en la prision de Santos Lugares; gran puerta de reja en el foro comunicando con una oscura galeria; ventana con reja á la derecha. Hacia la izquierda un banco y una mesa de madera con tinta, pluma, papel y una luz encima; á la derecha una pobre cama. Está por amanecer.

ESCENA PRIMERA.

CAMILA con un peinador blanco, suelto la mitad del cabello y una cadena en los piés, sentada en el banco, al lado de la mesa, en actitud de profundísima amargura. A través de la reja del foro vese pasear á un centinela.

¡Adios, dulce esperanza
de un porvenir de paz y de ventura!
Ya el íris de bonanza
que viera en lontananza
cubrióle el velo de mi suerte oscura!
La cólera implacable
del hado inexorable

que le cupiera á la infeliz Camila,
no quiso fuera estable
el dulce bien que saboreó tranquila!
De nuevo se levanta
la torva faz del fúnebre pasado,
y mi ilusion quebranta,
y de terror me espanta
como fantasma en el dolor cebado!
Y cuando ya creía
pisar con alegría
de salvacion el anhelado puerto,
el báratro me envía
á ese Luzbel que mi esperanza ha muerto!

(Pausa.)

¡Gutiérrez, dueño mio!
¿por qué, por qué te apartan de mi lado,
dejándome sin brio,
cual planta sin rocío,
el triste corazón enamorado?
¿Qué crimen cometimos?
Ay! ¿porque nos quisimos
con un amor irresistible, ardiente,
la muerte merecimos
que nos fulmina Rosas, inclemente?
Oh! no: la sed impura,
la burlada esperanza del malvado,
es, ay! lo que procura,
de su venganza dura,
en nuestra muerte el fin ambicionado!

¡Y cubre con el velo
de religioso celo
la iniquidad sacrílega de su alma,
al darnos en el suelo
con muerte atroz de mártires la palma!

¡Y tú, pobre hijo mio,
tú, que la luz del mundo aún no vieras,
de su furor impío ?

Ah! no : yo desvarío!
es imposible que también tú mueras!

Si yo soy delincuente,
¿qué has hecho tú, inocente,
para sufrir la pena de tu madre,
y que también tu frente
el proyectil mortífero taladre?

En corazón humano,
no! no puede haber tanta fiereza!

No! no querrá el tirano
que su rencor insano
también abrume tu infantil cabeza!

(Pausa.)

Aun tengo una esperanza:
Tal vez mi gracia alcanza,
á intercesion de Lázaro, Manuela
Mas, ay! que su tardanza
con negra duda el corazón me hiela!

ESCENA II.

CAMILA, LÁZARO.

CAM. *(Yendo al encuentro de Lázaro:)*
Lázaro... Y bien, qué nueva me conduces? . . .
Dime, qué conseguistes?... Ah! comprendo! . . .
La tristeza que cubre tu semblante
es un augurio para mí funesto! . . .
Oh! no temas, amigo . . . dilo todo . . .
A fuerza de sufrir ya está mi pecho
acostumbrado á golpes semejantes . . .

LÁZ. Pues bien, Camila... fracasó mi empeño! . . .
Nada Manuela ha conseguido, nada! . . .
porque el monstruo, de víctimas sediento,
dice que quiere dar à Buenos Aires
con vuestra muerte saludable ejemplo.
En vano le ha pintado tu embarazo,
pidiéndole una próroga de tiempo
para salvar la vida al inocente
que próximo á nacer hay en tu seno:
nada consigue enternecer al bárbaro! . . .
nada ablandar su corazon de hierro! . . .
Mas tú lloras, Camila . . . ¡pobre amiga!
¿Qué mas puedo yo hacer?

CAM. Ay! harto has hecho,
mi buen Lázaro, ya. ¡Dios te lo premie! . . .
Estas amargas lágrimas que vierto
no son por mí—lo juro—son tan solo

por mi pobre Gutierrez, por el tierno
inocente que llevo en las entrañas
y que ni darle la existencia puedo!

LÁZ. Camila, no desmayes. . . . Aun pudiera
que un auxilio imprevisto. . . . algun empeño
poderoso, la cólera de Rosas
lograse desarmar.

CAM. Oh! no lo espero!

LÁZ. ¿Y por qué no, Camila? En Buenos Aires
hay personas de grande valimiento
en la opinion de Rosas; iré á verlas!
les pintaré tu estado, y aun espero
que con su mediacion se logre al cabo. . . .

CAM. Oh! gracias, gracias!...pero ya no hay tiempo!

LÁZ. Sí, sí, quizá!... Veamos... (*Diponién. á salir*)

CAM. ¿Y te marchas

así, cuando tal vez no volveremos
á vernos en el mundo?

LÁZ. (*Echándose en sus brazos:*) ¡Hermana mia!

CAM. Lázaro. . . . ¡adios!

LÁZ. No llores. . . . Hasta luego!

(*Camila se deja caer sobre el banco: Lázaro vase.*)

ESCENA III.

CAMILA.

¡Hasta la eternidad! (*Pausa.*)

¿Por qué, Dios mio,
permities se cometan en el suelo

crímenes semejantes? . . . Que yo muera,
yo, que he sido culpable, lo comprendo!
Mas que muera tambien, siendo inocente
el tierno fruto que engendró mi seno
y que me hiciera concebir la dicha
de merecer la absolucion del cielo! . . .
Oh! no puedo creer que tu justicia
exija un holocausto tan inmenso!
¡Hijo de mis entrañas! . . . si pudiera
estampar en tus labios, á lo menos,
un beso maternal, y en tu mejilla
una sonrisa de candor angélico
ver divagar,—muriera satisfecha,
mi destino implacable bendiciendo.
Pero morir sin verte, sin oírte,
sin escuchar tu vágido primero!
ese anhelado grito que nos hace
estremecer de júbilo en el lecho! . . .
Morir sin verte habiéndote sentido
ocho meses latir dentro mi seno,
y atesorado un arca de caricias
para formarte en mi regazo un cielo! . . .
Despues de haberte preparado ufana
los cándidos pañales en que envuelto
me figuraba asirte de la cuna
y estrecharte con júbilo á mi pecho!
Despues de haber imaginado todos
los dulces goces del amor maternal,
y contado los dias uno á uno
en que debias coronar mi anhelo!

Morir! . . . y tú tambien!—Es imposible!
eso sería un crimen sin ejemplo! . . .

Y sin embargo, el bárbaro lo ordena
y nos van á matar! . . . oh! sin remedio! . . .

(Levantándose delirante.)

No! . . . no te matarán impunemente!

que aún me queda suficiente aliento

para ahogar en mis manos al infame

que pretenda tocarte con un dedo! . . .

¡Asesinos! . . . no veis que es inocente? . . .

Saciad en mí vuestro furor sangriento,

mas no toqueis á mi hijo! . . . Habéis oido? . .

¡Atras, atras, lebreles carniceros! . . .

Pero, ¿quién es el amo que os azuza

con diabólico encono? . . . Ah! ya lo veo! . . .

Allí está! . . . Rosas!—¡Un puñal, prestadme,

para pasar su corazon de cieno! . . .

¡Un puñal, un puñal! . . . ¿Qué haces, bandido?

Mandas que apunten los fusiles! . . . Cielos! . . .

(Retrocede horrorizada y vuelve á caer sobre el banco
casi exánime. Poco despues, abren la puerta del ca-
labezo y entra Manuela toda vestida de negro y con el
rostro cubierto por un espeso velo.)

ESCENA IV.

CAMILA, MANUELA.

MAN. (¡Pobre jóven! tan bella y desgraciada! . . .)

CAM. Quien quiera que seais, gracias, señora!

pues infiero venís á esta morada
á consolar la madre infortunada
que la dureza de su sino llora.

MAN. Oh! ¿quién á daros un consuelo alcanza?...
Soy mujer y comprendo vuestra pena....
Solo á deciros el deber me lanza:
¡Fortaleza, Camila, y esperanza!....

CAM. ¡Gracias, gracias!... Ya veis... estoy serena.
Pero esperar!... ¿de quién, si ya no existe
para mí la esperanza?....

MAN. ¡Dios lo sabe!

CAM. Dios lo sabe, decis?... ¡Consuelo triste!....
Pero ¿quién es, señora, la que insiste
en ofrecermé bálsamo tan suave?
¿Seríais mi madre?... No. Y aunque lo fuérais,
ah! qué esperanza me daríais, señora;
Nada, nada por cierto consiguiérais
que cambiára mi suerte!... ¡Si supiérais
que horrible és la que me aguarda ahora!...
Acepto los consuelos que bondosa
me ofrecéis; mas, creedme... no me aterra...
Os lo aseguro: moriré orgullosa
desafiando al borde de la fosa
la dicha de los grandes de la tierra!

MAN. Ah! no habéis de ellos por piedad, Camila!
porque no son felices muchas veces:
pues aunque brilla el gozo en su pupila,
oh! casi siempre su interior destila
del sufrimiento las amargas heces!

CAM. Cómo! . . . ¿Pueden sufrir entre el tumulto de ambicion y placeres que los cierra?

MAN. Cuando hay un gérmen de dolor oculto dentro del corazon, no cede indulto al grande ni al pequeño de la tierra!

CAM. (¿Quién será esta mujer? . . .)

MAN. (Tomándole la mano:) Decid, señora: ¿quereis confiar en mí?

CAM. ¿De qué sirviera? si aunque fueseis del bien la protectora, el demonio del mal. . . Rosas, señora, víctima ya de su rencor me hiciera! . . .

MAN. ¿Y si yo desarmára su venganza? . . .

CAM. ¿Vos, señora?

MAN. Yo misma. . . ¿qué os admira? . .

CAM. Es inútil, señora, esa esperanza. . . nadie de Rosas compasion alcanza cuando la sed de víctimas le inspira! . . . Pero no! me engañaba: un ser existe que, dicen, tiene esa ventura: su hija! á cuyos ruegos en favor del triste , pocas veces el déspota resiste, y que en hacer el bien se regocija . . .

MAN. Y dicen la verdad.

CAM. ¡Alarde vano de sensibilidad! . . . hipocresía! . . .

MAN. Sois severa!

CAM. Soy justa! y esto es llano, desde que ella permite que el tirano cometa un crimen que evitar podría!

No lo siento por mí. . . . poco me importa morir, os lo aseguro! . . . no me aflijo. . . . Mas el golpe que el alma no soporta es que el infame con mi vida corta la vida de mi esposo, la de mi hijo!
Manuela bien lo sabe: ella no ignora que es horrible dejar que se me mate; que no se puede fusilar, señora, à una mujer que espera hora por hora dar vida al ser que en sus entrañas late!
Si yo fuera Manuela y él mi padre, en igual caso al déspota diria:—
Esperad á lo ménos que sea madre, aunque despues su corazon taladre la bala que hoy al hijo mataria!
Esto es obra tal vez de una semana!
Esto no puede interesar á Rosas!
Por mas que sea la maldad humana, no! á una hija que en rogar se afana, no! no se niegan semejantes cosas!

MAN. ¿Y si eso mismo que decis ahora hubiese hecho Manuela? ¿Si salvado hubiera á vuestro hijo?

CAM. (*Cón un rayo de alegria:*) ¡Qué, señora! ¿Habran acaso prorogado la hora de nuestra muerte?

MAN. Aun mas que prorogado.
¡Estais libres los tres!

CAM. Cielos! yo sueño! . . .
tengo fiebre! deliro!

- MAN. No, Camila!
ya de la suerte disipóse el ceño:
Dios os concede un porvenir risueño
que en adelante gozareis tranquila.
- CAM. Pero eso es imposible! . . . una quimera
que urdis, y nada mas, consoladora!
- MAN. Es la verdad, Camila.
- CAM. ¿Y quién pudiera. . . .?
- MAN. ¿Quién? . . . la hija infeliz de esa pantera! . . .
- CAM. Mas, qué pruebas me dais?
- MAN. (*Dándole un pliego:*) Esta, señora!
- CAM. (*Leyendo:*) “Póngase en libertad á Camila
“O’Gorman y á su cómplice Gutierrez, notificándo-
“seles que deben salir del territorio de la Confede-
“racion en el término de tres dias.—ROSAS.”
¡Será cierto! . . . Dios mio, yo deliro!
Ah! decidme, decídmelo, señora!
Ya veis que apénas de ansiedad respiro. . . .
¿Es un ser ó una sombra lo que miro?
¿Es nuestra gracia ó ilusion traidora?
- MAN. ¡Pobre criatura! . . . no tengais recelo:
harto os garante de ello mi visita. . . .
- CAM. ¿Quién sois entónces vos? . . . Ah! por el cielo,
alzado, señora, ese importuno velo!
- MAN. Sí, Camila, miradme! . . . (*Lo suspende.*)
- CAM. (*Atónita:*) ¡Manuelita!
- MAN. La misma, sí! la misma, que comprende
el acerbo dolor que os aniquila;
que os viene á libertar, y que pretende
probaros hoy que al infortunio atiende

sin ser por mera vanidad, Camila!

CAM. (Con *enternecimiento*.)

Señora, perdonadme! . . . Ay! es tanta
la intensidad de ciertas emociones,
que se anuda la voz en la garganta . . .
la que ahora en mí la gratitud levanta
no encuentra en el idioma vibraciones.
Oh! cuán injusta y cruel con vos he sido! . . .
Perdonad á una madre que creía
que al hijo en sus entrañas concebido
iban á asesinar . . . Sí! . . . yo os lo pido
á vuestros piés, señora! . . .

MAN. (Con *efusion*.) Amiga mia! . . .
en mis brazos . . . así . . . contra mi seno! . . .

CAM. ¡Cuán buena sois! . . .

MAN. (Besándola:) ¡Cuán dulce regocijo! . . .

CAM. Oh! plegue á Dios, en porvenir sereno,
todo el placer en que hora me enageno
recompensaros con el don de un hijo!

MAN. ¡Gracias, Camila, gracias! . . . No me atrevo
á esperar del Señor tanta clemencia . . .

CAM. ¿Y por qué no, señora?

MAN. Porque debo
redimir muchas culpas . . . porque llevo
un nombre que me abruma la conciencia! . . .
Pero no hablemos de esto . . . Ya la aurora
no debe dilatar . . . Voy al instante
á hacer que se ejecute sin demora
lo que ese pliego . . . Permitid, señora,
que lo entregue yo misma al comandante.

¡Pensar que dentro un momento
quebrantarán estos lazos,
y estrecharé entre mis brazos
á mi ya perdido amor!
¡Qué rebosando en contento
venceremos la distancia
para aspirar la fragancia
de un eden encantador!
¡Cuánta dicha nos espera
en la otra márjen del Plata,
léjos de esta tierra ingrata
que me rechaza de sí!
Allí veré, placentera,
florece nuestros amores,
agena de sinsabores
y de inquietudes allí!

(Poniéndose de rodillas:)

¡Dios mio, bendita sea
tu divina omnipotencia,
tu ilimitada clemencia
con esta pobre mujer!
Si un instante he sido rea
por ignorar lo que hacía,
hoý te jura el alma mia
de tu gracia digna ser.
Tú sabes que ageno al dolo
nació el amor en mi pecho
por Gutierrez, bajo el techo
del paterno dulce hogar

Tú sabes, Señor, tú solo,
que si incurrí en el delito,
fué porque un hombre maldito
hizo mi pié deslizar!
¡Perdóname si un instante
carecí de fortaleza
para salvar la pureza
de aquel inocente amor! . . .
pues te juro en adelante,
ya que á mí benigno acudes,
digna ser con mis virtudes
de tu clemencia, Señor!

ESCENA VI.

CAMILA, EL COMANDANTE.

COM. Señora perdonad si os interrumpo
pero debo deciros

CAM. Ah! Supongo
que habreis hablado ya con Manuelita
y á sacarme venis del calabozo.

COM. Es cierto Manuelita me entregára
con ese objeto un pliego pero al poco
llegára de Palermo á toda brida
un mensajero conduciendo este otro.

(Muestra un pliego que tendrá en la mano.)

CAM. Otro, decís? Y bien, qué significa?

COM. Señora no me atrevo

CAM. ¡Cielos . . . qué oigo! . . .
¡Por compasión, señor! sacadme luego
de esta duda mortal! . . .

COM. Yo lo deploro,
señora . . . os lo aseguro! . . . pero debo . . .

CAM. ¡Leed, leed! . . . ¿no veis que me sofoco?

COM. (*Leyendo:*)

“Fusílese inmediatamente á Camila O’Gorman
“y á su cómplice Gutierrez, haciéndose bautizar *fe-*
“*deralmente* la criatura en el vientre de Camila antes
“de la ejecucion.—ROSAS.”

CAM. Ah!!!

(*Lleva las manos á la cara y cae en el banco casi exánime*)

COM. Señora . . . yo siento preveniros
que ejecutar esta órden es forzoso . . .
Ya he mandado llamar á un sacerdote
que no debe tardar . . . Dentro de poco
vendré á buscaros . . . Preparaos . . . (*Vase.*)
(*Empieza á amanecer*)

ESCENA VII.

CAMILA.

(*Volviendo en sí:*) ¡Dios mío!
¡Esto es morir cien veces! ¡Monstruo, monstruo!
¿por qué me has hecho vislumbrar la dicha
de verme libre de tu vil encono
con una de tus farsas, para luego
llevar á cabo tu infernal propósito? . . .

Oh! no puedo explicarme tanta infamia
en corazón humano! Algun demonio
se apoderó del alma de ese hombre
para dictarle crimen tan monstruoso!
¡Rosas, Rosas! ¿qué fiebre te devora? . . .
¿qué sed de sangre, espíritu diabólico,
te induce á perpetrar crímenes tantos?
¿qué ceguera fatal venda tus ojos?
¡Asesino sacrílego! ¿no miras
que pones hoy á tus delitos colmo,
haciendo fusilar á un inocente
que bautizáras antes á tu modo?
¡Rosas, Rosas! un día—¿no lo olvides!—
el pueblo que hollas se alzar^á coloso,
y arrojándote airado de su seno,
proscrito vagarás de polo á polo!
Entónces este crimen, este niño
que inmolas hoy en aras de tu encono
te seguirá doquiera concitando
el anatema sobre tí de todos!
Y cuando hayas sufrido luengos años
la universal humillación y oprobio,
será tambien tu juez inexorable
en el supremo juicio expiatorio!
¡Rosas, Rosas! la muerte de este niño
será tu perdicion!—Yo te lo inmoló
gustosa, oh patria, porque al fin su sangre
rescatará á tus hijos del oprobio!

ESCENA VIII.

CAMILA, EL COMANDANTE; luego, ULADISLAO, Soldados.

CAM. Ah!!!—¿Venís á buscarme?—Estoi dispuesta.
Mas antes, permitidme que á mi esposo
estreche entre mis brazos un instante!

COM. Lo vais, señora, á conseguir muy pronto
porque aquí lo conducen

(Abrese la puerta de par en par: Uladislaio se presenta escoltado por un piquete de infanteria, con una cadena en los pies y vestido completamente de negro. Al ver á Camila se precipita en sus brazos, y prorrumphen ambos en sollozos. El Comandante y los soldados manifiestan durante el resto de la escena el mas profundo enternecimiento.)

CAM. Ah!!!

ULAD. Camila!!!

CAM. Gutierrez!....dueño mio!....nuestro horóscopo
lo quiere así! muramos resignados!

ULAD ¡Morir....morir! pero esto es horroroso!....

CAM. No, Gutierrez: es bello!—Tú lo sabes:
nuestra union es ilícita á los ojos
del mundo en que vivimos; por lo tanto
la dicha no está aquí para nosotros!

ULAD. Camila y nuestro hijo?

CAM. Bautizado
será dentro mi seno antes que el plomo

ULAD. ¡Horror, horror!

CAM. Nos seguirá á la gloria
para ser ángel del celeste coro

Sí, Gutierrez! es justo que muramos:
porque la muerte logrará tan solo
redimir nuestra culpa, y que el Eterno
bendiga nuestra union desde su sòlio!
¿Y qué importa morir si nuestras almas
van á exhalar-se á un tiempo de nosotros?
¿No me has dicho cien veces, alma mia,
que todo, todo lo arrostrabas, todo!
por este amor culpable que hoy consigue
la redencion solemne del sarcófago?
¡Ánimo, pues! La dicha nos espera
mas allá de ese tránsito mortuorio!
¡Vamos, vamos, Gutierrez! . . . ¿Por qué lloras?
Mírame . . . ¿ves? . . . sonrío de alborozo!
¡Morir juntos! . . . ¡oh dicha inesperada!
¡Vamos, vamos, Gutierrez! . . . vamos pronto!

(Camila pasa el brazo derecho por la cintura de Uladislao; este apoya la mano siniestra en el hombro izquierdo de aquella y la cabeza en el derecho. En esta actitud salen ambos lentamente de la escena, seguidos por el Comandante y piquete de infanteria.—Poco despues se oye un redoble de tambor: dos ó tres soldados cruzan por la galeria del fondo arrojando los fusiles con esclamaciones de horror; en seguida, la detonacion de una descarga mal hecha. Otros soldados cruzan por la galeria lo mismo que los anteriores: nuevo redoble: nueva detonacion.—Breve silencio.—Lázara con el cabello en desórden, los ojos despavoridos é incierto el paso, preséntase en la escena con muestras del mas profundo terror.)

ESCENA ULTIMA.

LÁZARO.

¡Muertos, muertos los dos! ¡Crímen horrendo!
¿Y no tiembles, Calígula Argentino?

(Hincando una rodilla y alzando al cielo las manos:)

Señor, Señor! abruma al asesino
con un castigo sin igual, tremendo!

Cae el telon rápidamente.

FIN DEL DRAMA.

EPÍLOGO

Por una rara coincidencia este drama ha sido terminado precisamente el día del octavo aniversario de la muerte de su infeliz protagonista, el 18 de Agosto de 1856. Si se realiza el propósito del autor, pronto será puesto en escena en el mismo teatro de aquel horroroso crimen. ¡Ojalá que sus efectos morales logren ser una lección provechosa para el pueblo bonaerense,—cuna de la libertad sud-americana,—y de este modo, un homenaje rendido á la memoria de la pobre Camila O'Gorman!—Por otra casualidad providencial, la terminacion de este drama ha coincidido tambien con la sancion de la ley que declara á Rosas *traidor de lesa-patria*. ¡La mano de la justicia divina se manifiesta muchas veces en las obras del hombre! ; *Tiranos, temblad!*

Montevideo. 18 de Agosto de 1856.

He aquí los dos primeros artículos de la ley que tuvo sancion definitiva en el Senado y Cámara de Representantes del Estado de Buenos Aires, el 28 de Julio de 1857.

Art. 1º Se declara á Juan M. Rosas reo de lesa-patria, por la tiranía sangrienta que ejerció sobre el pueblo durante todo el período de su dictadura, violando hasta las leyes de la naturaleza, y por haber hecho traicion en muchos casos á la independencia de su patria, y sacrificado á su ambición su libertad y sus glorias, ratificándose por esta declaracion las disposiciones vigentes.

Art. 2º Se declara igualmente que compete á los Tribunales ordinarios el conocimiento de los crímenes cometidos por el tirano Juan M. Rosas, abusando de la fuerza que investia.

NOTAS

(CUADRO 2º ESCENA 1ª)

*Que de salvaje unitario
hasta de Dios enemigo,
tildo al que no está conmigo
y es por esto mi contrario.*

Rosas y sus secuaces calificaban de *salvajes unitarios, enemigos de Dios y de los hombres*, á sus adversarios políticos, y eran así reputados todos los que no estaban por su sistema de degüello, arbitrariedad y espoliaciones. Para el Nerón Argentino no habia término medio : era preciso *estar con él ó en contra de él.*

(CUADRO 2º , ESCENA 6ª)

.....
ni que el el aroma respire
de incienso que siempre arde;
ni que adulaeion cobarde
en carro triunfal me tire.

Todo el que haya estado en Buenos Aires durante la tiranía de Rosas, ó tenga conocimiento circunstanciado de esa sangienta autocracia, sabe que.

la desgraciada hija de aquel bárbaro, la infeliz Manuelita,—reputada como una de sus mártires por las mil vejaciones y farsas en que la hacia figurar,—era el blanco de la adulacion de sus miserables partidarios, que pretendian de esa manera captarse el aprecio del tirano. Llevaban aquellos homenajes á tal extremo, que mas de una vez desprendieron los caballos del carruaje de Manuelita, y substituyéndolos con sus abyectas personas, lo arrastraron por las calles de Buenos Aires con frenéticas aclamaciones á la heroína que iba adentro, ó antes, al tirano, á quien se dirijian aquellas pruebas de bestial degradacion y torpe envilecimiento.

(CUADRO 3º, ESCENA 5ª)

Los que trabajan por la misma causa
dentro los muros de Montevideo,
esa ciudad heróica que resiste
al dominio de Rosas con denuedo
y en incesante lucha encarnizada
cuenta cinco años de inmortal asedio, etc.

La Troya Americana, la homérica ciudad de Montevideo, capital de la República Oriental del Uruguay y cuna del autor de este drama, combatió durante *ocho años, siete meses y veinte y cuatro días*, la dominacion de Rosas representada por su seide Manuel Oribe, *general en jefe de su ejército en vanguardia*, sosteniendo heróicamente un fuerte asedio

que duró todo aquel tiempo, y del que triunfó finalmente merced á su constancia, á su abnegacion, á su bravura, y á la poderosa coalicion del imperio del Brasil y las provincias de Entre-Rios y Corrientes. Dedúcese, por consecuencia, que la causa de los adversarios de Rosas en la Confederacion Argentina estaba identificada con la de los esforzados defensores de Montevideo.

(CUADRO 6º , ESCENA 6ª)

Esplicaremos el bautismo *federal* ordenado por Rosas y efectuado en Camila O'Gorman momentos antes de ser ejecutada.—El espíritu se resiste á creer la realidad de ese inaudito sacrilegio; y sin embargo, él es un *hecho histórico*,—descarnadamente histórico!!!

Presentóse un ministro de la religion... de Rosas, á quien acompañaban dos acólitos armados de un cirio, una calderilla de agua bendita y un embudo. Despues de recitar algunas oraciones, que deben haber subido á las alturas como otras tantas blasfemias, introdujo el embudo en la boca de Camila y le hizo beber por él algunos tragos de agua bendita, con lo que quedó efectuado el *bautizo federal*.

La pobre víctima se prestó á esta ceremonia de la liturgia de Rosas con la resignacion del mártir que

en el exceso del suplicio disfruta el áspero sabor de la venganza divina que vé por intuición pesar sobre la frente del verdugo.

(CUADRO 6º , ESCENA 7ª)

¡Rosas, Rosas! la muerte de este niño
será tu perdición!—Yo te lo inmoló
gustosa, oh patria, porque al fin su sangre
rescatará á tus hijos del oprobio!

Estas palabras han sido una predicción: si no las pronunció Camila en los momentos que precedieron á su muerte, deben á lo menos haber resonado en su corazón como una voz intuitiva, á juzgar por la serenidad con que es notorio murió. Efectivamente, este crimen hizo mas explosión de lo que tal vez se imaginára Rosas: fué, como dice muy bien el autor de la novela que lleva el mismo título de este drama, *la gota de sangre que hizo desbordar el vaso*: porque horrorizó de tal manera y tan generalmente, operó tal reacción moral, que desde entonces empezó Rosas á levantar contra sí mismo la animadversión de sus propios partidarios. Es la última y mas indeleble mancha que ha dejado en los fastos sangrientos de su historia.—Tres años despues, labró su tumba en *Caseros*.

*
* *

Este drama es el primero que ha escrito su autor, á los veinte y tres años de edad y en el seno de una sociedad nueva donde la literatura se halla aun en estado de embrion: no es, pues, extraño que esté plagado de defectos.—Y no se crea que hay aquí falsa modestia.

La enumeracion de esos defectos mediante una crítica imparcial, *literaria* y desapasionada,—por mas severa que fuese y de donde quiera que emanase,—sería para el autor de *Camila* el mas bello título de gratitud. Es necesario que el amor propio engeuezca, para no comprender que á su edad y en un primer ensayo en el género mas árduo de las letras, es imposible ir mas allá de lo imperfecto, sinó de lo defectuoso.

Hecha esta ingénua declaracion, el autor de este drama cree innecesario agregar que los desahogos *políticos* y apasionados, como los que su simple anuncio ha sugerido en Buenos Aires á algunos bien curiosos Aristarcos, le continuarán mereciendo lo que hasta ahora: silencio, desprecio.

Cuando se trata de falsear hasta el sentido comun con la careta del anónimo, no se debe dar otra importancia á la malevolencia de la crítica.

